

Porto Cristo

EL
LEGIONARIO


Y
OTROS
TEORIAS
LEONARDO

J. PEREZ VENGUT

MALLORCA

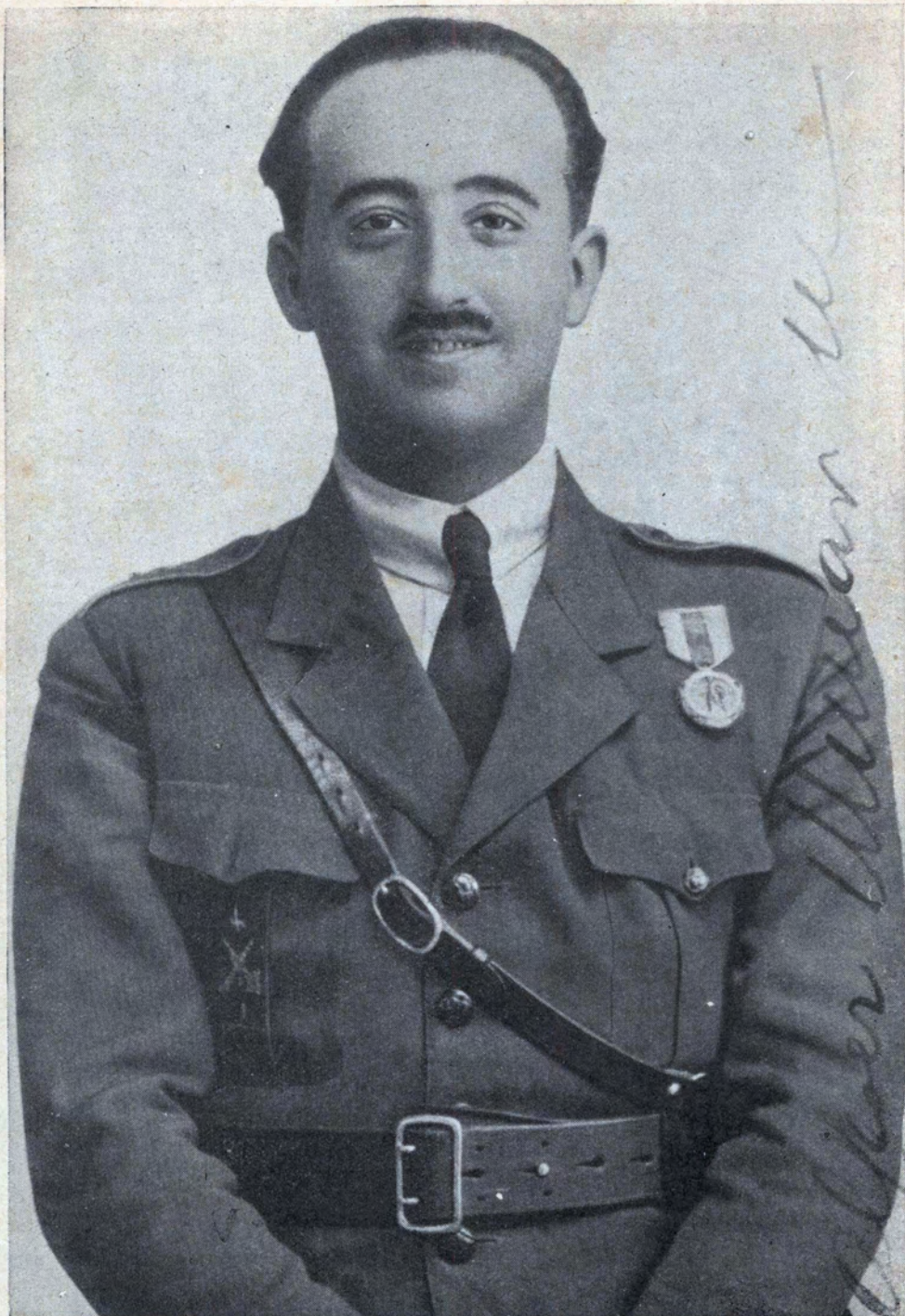
PORTO-CRISTO

EL LEGIONARIO Y OTROS HÉROES

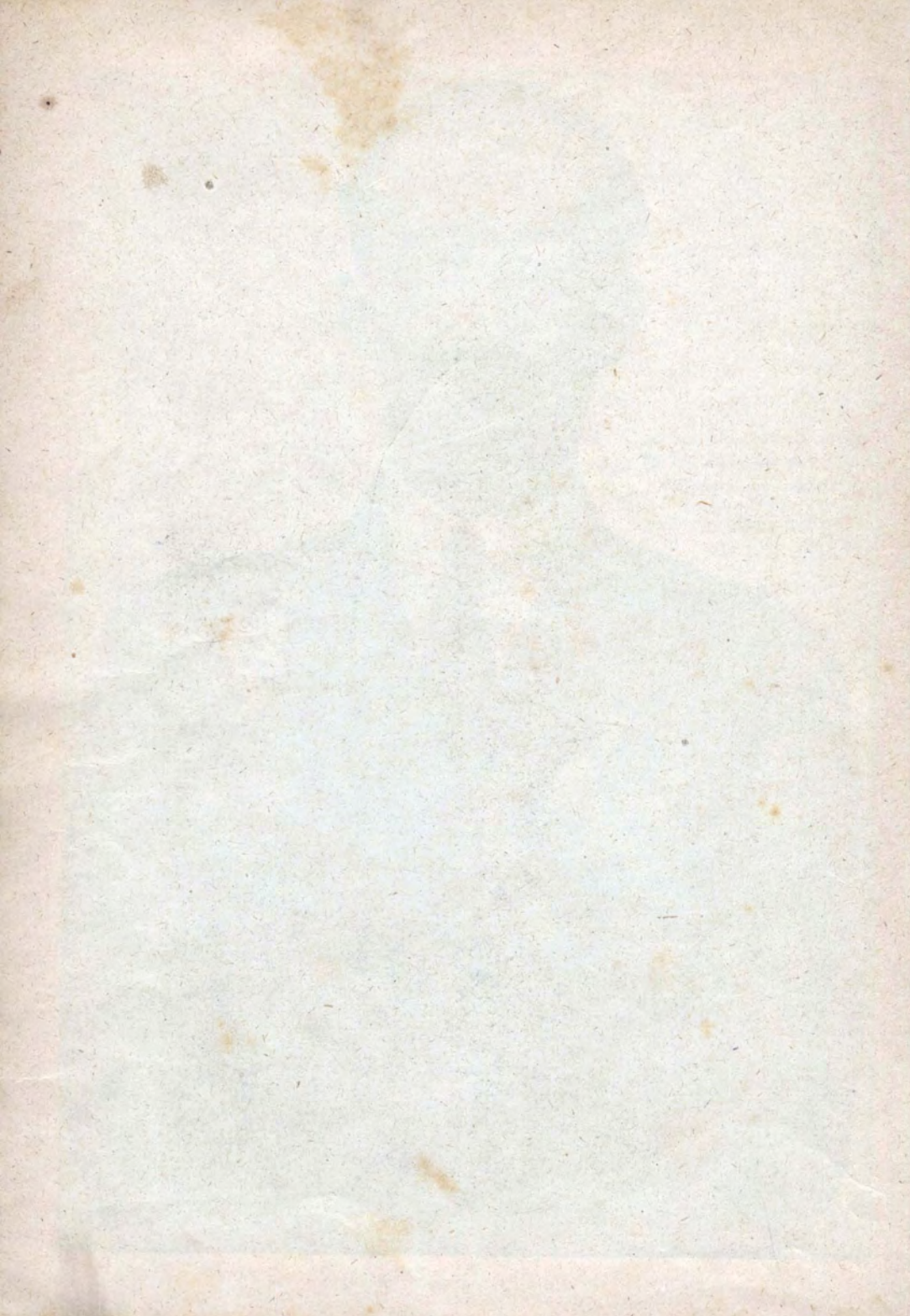


ES PROPIEDAD del autor
Reservados todos
los derechos.

VISADO POR LA CENSURA MILITAR



Major William W.





Millán Astray en una de sus arengas.





El Conde Rossi hace a la Legión una sentida dedicatoria.



o

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



El Capitán J. Pérez Vengut, autor del libro.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

PORTO-CRISTO

EL LEGIONARIO Y OTROS HÉROES

Por el Capitán de la Legión de Mallorca

José Pérez Vengut



PALMA DE MALLORCA

1937

POSTO-CRISTO

DE LEGISLATIONE ET JURISPRUDENTIA

1875

Dedicatoria

¡Legionarios muertos en el frente de batalla! ¡Arriba la Legión!

Cumplisteis vuestra promesa y vuestro credo, caballeros legionarios; vosotros que vinisteis a esta Legión, que vuestro deber con la Patria os llevó a este glorioso cuerpo para ofrendar nuevas glorias a la España grande, a esta España madre de la civilización que dió hijos que con sus espadas y su fe la hicieron grande, poderosa, temida y respetada.

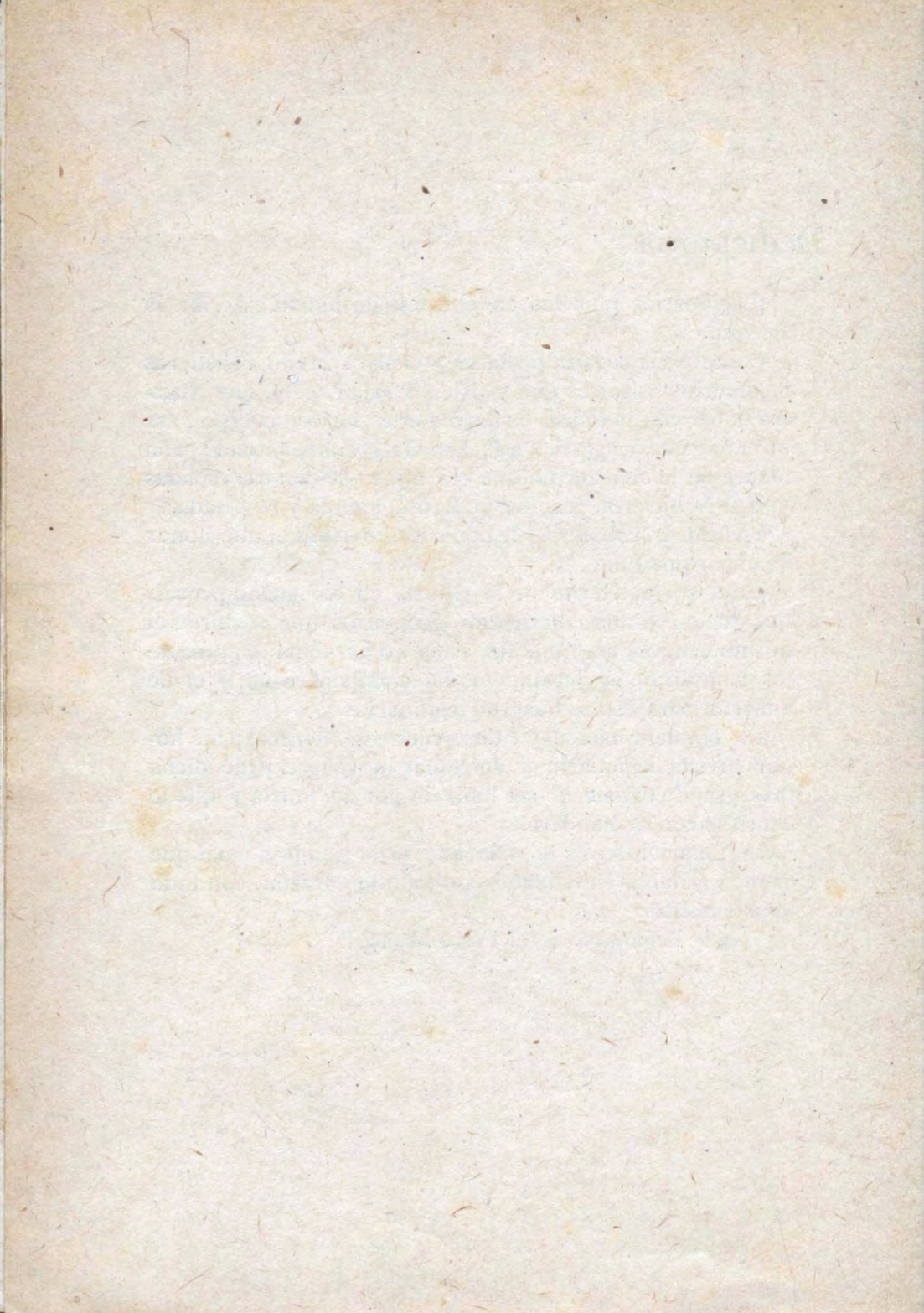
Y vosotros, caballeros legionarios, tuvisteis el alto honor de morir por Ella.

En el sueño eterno de la Gloria, en ese sueño pensais que quedaron otros hermanos legionarios que seguirán el mismo camino emprendido, estos no os abandonarán, estos cumplirán el juramento del compañerismo y el de amistad, para eso se hicieron legionarios.

¡La bandera nacional cubre vuestros cuerpos! ¡Qué honor tuviste legionario al derramar tu sangre! ¡Qué dicha más grande tuviste al ser llamado por la Patria y que te cubriese con su bandera!

¡Legionario! Desde lo más alto grita siempre, igual que cuando gritabas en la lucha, con todo tu corazón, con todo tu patriotismo:

¡Viva la Legión gloriosa! ¡¡Viva España!!



Al Lector

AL LECTOR

Este libro está escrito en un lenguaje sencillo, sin forma literaria de ninguna clase y con muchas faltas. Un escritor, por mediano que fuera, con tiempo lo hubiese escrito más adornado, más bonito, empleando frases más completas y correctas; yo lo he hecho con las frases algo duras de la lucha.

No es mi intención narrar aquí detalladamente todas las operaciones efectuadas. Sería extenso y pesado. Por otra parte, en el frente es imposible estar en todas partes y mi libro no sería ya el de un testigo presencial, ni la narración tan exacta como hubiese sido mi deseo. Sólo quiero hacer un resumen de la actuación de los legionarios, de estos legionarios de Mallorca que haciendo muralla con sus cuerpos hicieron imposible a los marxistas su pretendido avance hacia Palma, de estos legionarios que fueron los primeros en aguantar el empuje verdadero, y los primeros también en llegar a la bayoneta haciendo retroceder al enemigo hasta sus primeras posiciones, demostrándoles que allí había soldados dispuestos a la lucha y a echarles de esta tierra que canallescamente pisaron y en donde sufrieron su gran derrota y su vergonzosa retirada.

Yo que nunca pensé escribir un libro de guerra, no porque me faltasen hechos de armas en los cuatro años que pertencí a la Legión de Marruecos donde tuve el orgullo de derramar dos veces la sangre por mi Patria y el honor de haber sido ascendido por méritos de guerra a capitán a los trece meses de ser oficial, por el entonces Teniente Coronel Don Francisco Franco hoy Jefe Supremo del Estado Español, lo hago hoy queriendo cumplir una deuda de gratitud con estos hombres que, cumpliendo el sagrado credo legionario, escribieron una de las páginas más gloriosas de la Historia de Mallorca.

Y vosotros, mallorquines, cuando veáis que pasa por vuestro lado un legionario, descubríis ante ese caballero y decid estas únicas palabras: ¡Pase al Tercio de Mallorca!

El Credo del Legionario

El espíritu del legionario es único y sin igual, es de ciega y feroz acometividad, de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta.

El espíritu de compañerismo con el sagrado juramento de no abandonar jamás un hombre en el campo, hasta perecer todos.

El espíritu de amistad de juramento entre cada dos hombres.

El espíritu de unión y socorro: a la voz de «a mí la Legión» sea donde sea, acudirán todos y con razón o sin ella, defenderán al legionario que pida auxilio.

El espíritu de marcha: jamás un legionario dirá que está cansado hasta caer reventado; será el cuerpo más veloz y resistente.

El espíritu de sufrimiento y dureza: no se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño; hará todos los trabajos, cavará, arrastrará cañones, carros, estará destacado, hará convoyes, trabajará en lo que le manden.

El espíritu en acudir al fuego: la Legión desde el hombre solo, hasta la Legión entera, acudirá siempre a donde oiga fuego, de día de noche, siempre, siempre, aunque no tenga orden para ello.

El espíritu de disciplina: cumplirá su deber, obedecerá hasta morir.

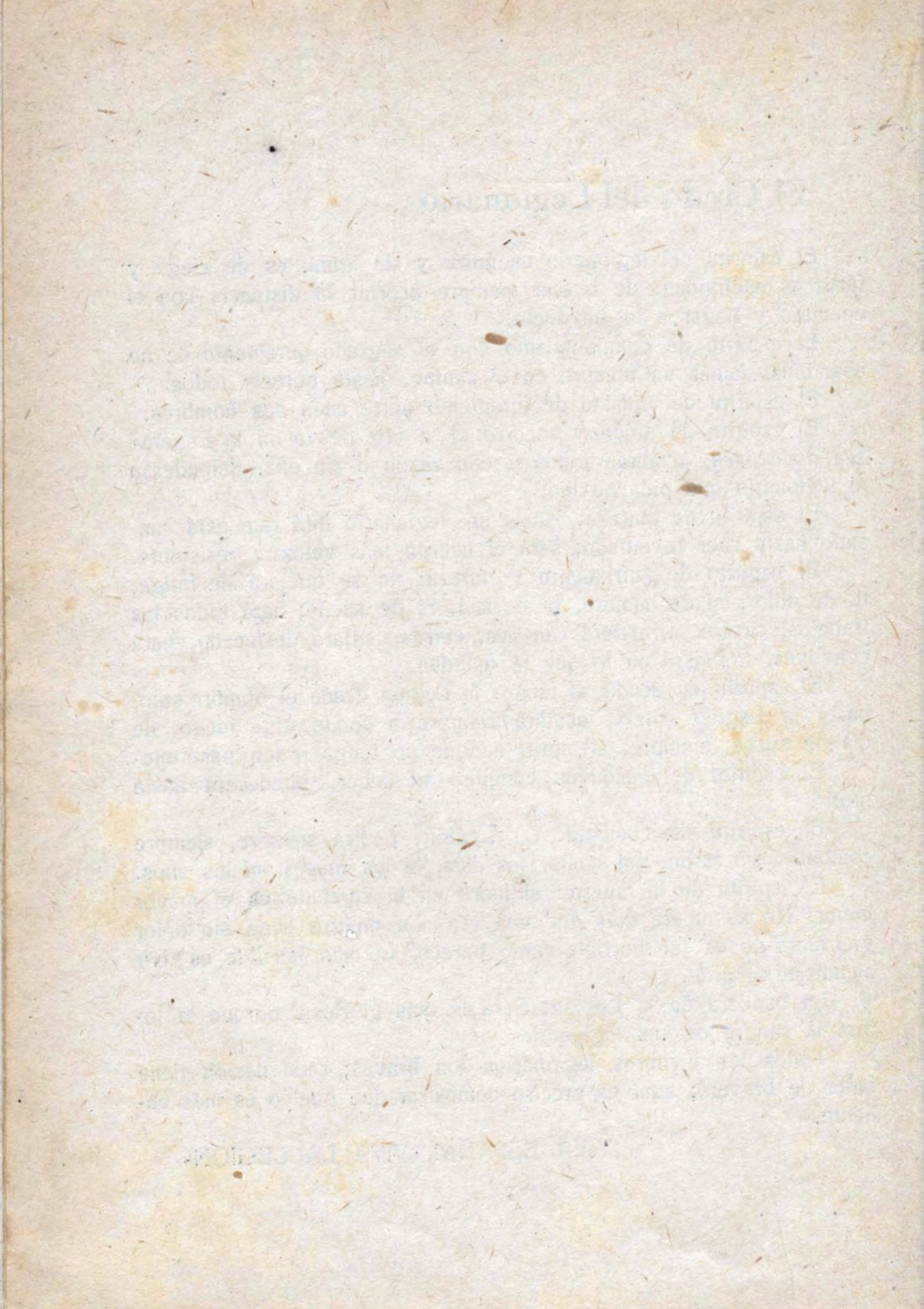
El espíritu de combate: La Legión, pedirá siempre, siempre combatir, sin turno, sin contar los días, ni los meses, ni los años.

El espíritu de la muerte: el morir en el combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde.

La bandera de la Legión: Será la más gloriosa, porque la teñirá la sangre de sus legionarios.

Todos los hombres legionarios son bravos; cada nación tiene fama de bravura; aquí es preciso demostrar que pueblo es más valiente.

¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA LA LEGION!



La Legión de Mallorca

Habiendo pertenecido cuatro años a la Legión de Marruecos en aquella gloriosa época de los generales FRANCO y MILLAN AS-TRAY, me consideraba con aptitudes suficientes para organizar una Bandera del Tercio, o en su caso, un conjunto de individuos cuyas virtudes militares fuesen como las de aquellos bravos hombres que conocí en Africa.

En Mallorca sobraba gente decidida y entusiasmo. Todos reconocían la conveniencia de formar una Legión: Existían oficiales de los que lucharon en la Legión de Marruecos en las operaciones de Kudia-Tahar, Gorges, Xauen, etc.; ellos eran: Cirerol, Munar, Morey, Vidal, Iglesias, Vanrell y algunos más, quienes sabían tratar a esos hombres, o mejor dicho, sabían hacerlos. Podía esperarse de los bravos mallorquines que, si no superaban en valor y disciplina a las Banderas de Marruecos, harían por lo menos un papel lo suficientemente digno para llamarse EL TERCIO. Bien demostrado quedó en la lucha, donde se coronaron de laureles.

¡Por fin! un día, me dieron la grata noticia de que en Mallorca iba a formarse un Tercio, bajo el nombre de LEGION DE MALLORCA.

Sin perder un momento, me presenté en el Centro de reclutamiento, Comandancia de Artillería, ofreciéndome. Quería mandar la primera compañía. Allí acudieron hombres de todas las clases: ricos, pobres, soldados, falangistas, jóvenes y viejos, pero todos llenos de gran entusiasmo, embravecidos por la llamada de los clarines de la Legión, dispuestos a dar su sangre por amor a la Patria.

¿Sabían lo que era Tercio? Enardecidos de entusiasmo, sólo anhelaban, con su sed de venganza, llegar al enemigo empuñando las bayonetas y luchar cuerpo a cuerpo.

¿Cómo se formó? De ésto no puedo hablar ya que no fui organizador.

Entre los muchos oficiales que se presentaron, había uno de Caba-

llera llamado Vargas, quien sólo aspiraba a ingresar en la Legión, pidiéndome insistentemente que se lo consiguiera, pero como ya había suficientes oficiales, fué imposible su ingreso. Más tarde este oficial, en una fuerte lucha, demostrando sus grandes aptitudes y su valor, cayó en el campo de batalla, muriendo heroicamente por la Patria. ¡Excelente oficial!

Llegamos a tener en cuatro días una compañía de cien hombres. Había que instruirlos, pues apenas sabían nada y era muy corto el tiempo de que disponíamos. Sólo un consuelo de ánimo nos quedaba: su bravura.



Al Frente

El día 16 de agosto, a las ocho horas de la mañana, el Coronel Jefe de las Milicias, me comunicó por teléfono que estuviese preparado. Ya me figuraba sería algo grave cuando el sargento Maldonado me dijo algo de un desembarco en esta isla de Mallorca. Hice un poco de orden abierto y estuvimos esperando la orden. Repartí un paquete de municiones a cada uno de los hombres, no tenía más y dispuse los camiones.

A las ocho y media recibíamos la orden, saliendo precipitadamente todos los legionarios hacia el enemigo.

Iban todos contentos y entusiasmados cantando las canciones legionarias.

El público, que aun no sabía nada, extrañándose de aquel entusiasmo, a cada paso les preguntaba: — ¿Dónde vais? — A la guerra — contestaban ellos — a defender nuestra Patria, a barrerla de los rojos invasores. Muchos quizás no volverán. No importa. Hemos de impedir que pasen y ¡no pasarán!

Alguien dijo: ¡Es el Tercio! Nosotros éramos simplemente, voluntarios de la Patria. No es un legionario quien lleve un gorro y una camisa con emblemas que así lo denominen; el Tercio necesita mucha instrucción práctica y teórica y, además, tiempo. Nada de eso hubo. Si cuando se declaró el estado de guerra se hubiera hecho, otra cosa habría sido, pero...

En nuestro camino pasamos por pueblos, hicimos algunas paradas: Lluchmayor, Campos, Felanitx, hasta que por fin llegamos a Manacor. —¿Dónde está el enemigo?— preguntamos. Nadie nos contestó. Entonces reemprendimos la marcha, pero ahora la Legión solamente ¡noventa hombres! hacia Porto-Cristo.

Por la carretera encontramos en carro y a caballo, numerosas familias que huían de los estragos de los invasores, marcado en sus semblantes el terror por los crímenes que habían visto.

Seguimos avanzando por la carretera que desde Manacor comunica

con Porto Cristo, cuando al llegar al Coll de sa Grava encontramos al capitán Despujols y al teniente Pagés. ambos de Caballería, que con unos cuantos falangistas contenían al enemigo. Apenas tenían municiones con que defenderse y al vernos respiraron.

¡El Tercio llegaba!

Apenas habíamos bajado de los camiones cuando observamos que el enemigo—formado, con banderas y cornetas—iba avanzando rápidamente en dirección a nosotros (hacia Manacor). En aquellos momentos nuestra emoción fué muy intensa.

No disponíamos de una sola ametralladora, ni de una mala granada de mano. Solamente el fusil, un paquete de municiones y la bayoneta.

La legión iba a entrar en combate con una fuerza grandemente desproporcionada con relación a la del enemigo, pero a pesar de ello les rechazamos como si hubiéramos sido cien veces superiores.

El Comandante Sr. Montis, Jefe de la Legión, me dió la orden de ataque, la cual comuniqué rápidamente a los tenientes Iglesias, Carlier y Gispert, derecha, centro e izquierda respectivamente.

Decían que por la derecha venía la columna del Comandante Esquivias. Ordenamos que cada cual actuara en la forma que antes se le había dicho y siempre avanzando si era posible. No podíamos hacer otra maniobra, toda vez que no sabíamos donde paraba la totalidad del enemigo y carecíamos de fuerzas de apoyo ya que sólo se podía disponer de los pocos falangistas que había allí, los cuales estaban luchando desde las cinco de la mañana y que, a pesar de su cansancio continuaron con nosotros. Se hallaban también por allí los cadetes Soria, Alomar y Ribas, quienes prontamente se presentaron a mi puesto, actuando desde este momento en la Legión.

Más tarde, el teniente Camps y el Alférez Laguna se unieron a nosotros, como también lo hizo el Capitán Munar, laureado en el Tercio de Marruecos, quien me auxilió eficazmente en el mando de la compañía.

El primer combate

Cada soldado, sereno y a paso decidido, marchaba enchido de valor al encuentro del enemigo.

Marchando por el flanco derecho, recibí un comunicado del señor Montis en el cual me decía procurara la vigilancia del ala izquierda. En un reconocimiento que efectuamos por este lado, cojimos prisioneros a siete rojos que estaban en una casa comiendo sobrasada. Tan atareados estaban en su faena que tenían abandonados los fusiles, y así les sorprendimos. Al verse en nuestro poder, temblando de miedo, no se les ocurrió más que decir: ¡No nos mateis!.. ¡Somos de los vuestros! En efecto llevaban estrellas solitarias, cintas rojas y demás distintivos.

Uno de ellos, tal vez el más arriesgado, poniendo una horrorosa cara, quiso agredir a un legionario, pero éste pronto y atento, con una rapidez felina, esgrimió un cuchillo clavándoselo hasta el mango, después... después puso otra cara.

Los restantes se los llevé al Comandante para que los viese, y una vez en su presencia, este no pudiendo contenerse propinó tan fuerte golpe a uno de aquellos desalmados que se lesionó, teniendo que retirarse a Palma dejándome desde aquel momento al frente de todas las fuerzas.

Vista la clase de individuos con que teníamos que habérnoslas, los legionarios se dispusieron a emplear las bayonetas, pero como la distancia era larga, convenía ir despacio.

Empezó el tiroteo. Los disparos que por momentos iban intensificándose y la certeza de los mismos, hicieron retroceder al enemigo, siendo éste perseguido por nuestras fuerzas.

Aquellos cobardes que aterrados huían, abandonando cadáveres, municiones y armamento exclamaban con angustia: ¡El Tercio! ¡Son el Tercio!

Quedamos noventa hombres apróximadamente en fuego, cubriendo con éstos una línea de un Km. y medio de longitud. No hubo más

remedio que desplegar de ésta forma, ya que de abarcar poco frente, hubiera podido dar lugar a un copo. H bía que contenerlos y echarlos si posible fuera.

Marché al flanco extremo izquierdo. Conmigo venían los descritos Munar, Soria, Alomar y Ribas, fusil en mano. La sección del Tercio la mandaba el Teniente Gisbert.

Después de haber estudiado la situación de éste sector, y creyéndola la más peligrosa, no por el enemigo que hubiese allí, pues al fin y al cabo todos eran iguales, sino porque el terreno se prestaba a las maniobras, ví lo conveniente de mi presencia en él. ¡Ah! Si en aquellos momentos hubiésemos tenido elementos de guerra apropiados y unos pocos más de hombres, a buen seguro que otra cosa hubiera sido, pero.. no era así.

Muy poco pude ya preocuparme del flanco derecho, era muy larga y accidentada la distancia a recorrer para llegar a él, afortunadamente tenía allí a Camps, Garlier e Iglesias, hombres todos hábiles y a los que se podía confiar la resolución de cualquier problema que se presentase.

El fuego de las ametralladoras enemigas comenzó a fustigar a nuestro sector. A cada uno de nuestros movimientos se nos mandaban peines enteros; por el contrario el fuego de los legionarios—disponíamos de poca munición—era cauto y únicamente sobre blanco seguro.

Marchábamos teniendo especial cuidado en ocultarnos a la vista del enemigo, aprovechando las tápias, los matorrales y todo cuanto pudiera servirnos de pantalla y proseguir el avance.

A medida que íbamos ganando terreno, avanzando poco a poco por momentos, hallábamos sobre el campo cadáveres y alguna que otra arma. Estábamos llegando a las fortificaciones donde el enemigo estaba perfectamente parapetado, vomitando sus ametralladoras un intenso fuego sobre nosotros

Tanto llegamos a avanzar que nos deslizamos sin darnos cuenta, del resto de la compañía, más ya era imposible abandonar aquella posición. De tener bombas de maño hubiésemos iniciado el reavance, pero no las poseíamos, sólo podíamos intentar el asalto, de cuya maniobra no habría quedado uno de nosotros con vida. Era más preferible esperar.

Al poco rato, ví que hacia nosotros venía la sección del Alférez Sr. Calleja, pudiéndose observar en sus soldados una tranquilidad sorprendente, andaban cual si fueran de maniobras, pero valientes y deci-

didos. Llegaban en orden de combate, manteniendo sus distancias con una disciplina magnífica. Era la gloriosa Infantería, la Reina de las batallas. ¡Paso a la Infantería!

Venciendo los rudos obstáculos que se le oponían, llegó ésta a su destino. Una escuadra de la misma, fué constantemente regada por ráfagas de las ametralladoras enemigas; en más de una ocasión, creí que no quedaba ninguno, pero sabían parapetarse bien éstos bravos muchachos, venciendo así el peligro y llegando sin novedad a su puesto.

Carabineros, Guardia Civiles y Milicias iban llegando a la línea de fuego, descrito en sus semblantes, el odio hacía los bárbaros invasores. Disparaban como demonios, enloquecidos de empuje. Estuvieron actuando a la derecha de mi fuerza.

Los falangistas se hallaban en todas partes; donde hubiera tiros había falangistas. ¡Qué hermoso era verlos luchar! Llenos de entusiasmo, de ese entusiasmo propio de la juventud Española, de esa juventud que días anteriores se había lanzado a la calle a conquistar la España. No la España carcomida, encanallada por los marxistas que teníamos últimamente, sino aquella España grande, sublime, aquella España que un día fué admiración del mundo, por su civilización, por sus azañas y por su nobleza. Que engendró los más intrépidos conquistadores y los más audaces guerreros para que ante el mundo fuese temida y respetada. Estos muchachos, jóvenes de edad, muchos de ellos imberbes aún, pero con un corazón grande y valiente, luchaban con el ardor y entusiasmo de los grandes conquistadores, haciendo resaltar más su bravura, cuando se hallaron cerca y frente a frente al enemigo.

Ya hacía rato el sol nos había dejado, casi cerrada la noche cuando llegaron los refuerzos. Fué tarde. En la guerra hay que obrar con rapidez, sólo así se consigue tiempo y espacio.

Habiendo observado que el enemigo se situaba en lugares avanzados y a nuestra izquierda, ordené al Teniente Gisbert que, con su fuerza se dirigiese hacía la casa del Regalo, con la prevención de que el enemigo no se internase en nuestras filas por aquel sector. Tenía también en mi línea, algunos falangistas al mando del Jefe Palmer, al que ordené que fuese con su fuerza a un determinado lugar con el fin de ayudar a los legionarios. Nosotros desde nuestros puestos les protegimos el avance con el fuego de nuestros fusiles y el de un fusil ametra-

dor que habían llevado los de infantería. El avance se cumplió cual lo ordené.

Cabe decir que, para conseguir su propósito, estos valientes de Falange, aguantaron lo indecible. Fueron ametrallados constantemente, teniendo que avanzar echados y en medio de las nubes de polvo que levantaban las balas en su regadío. Ellos se dieron cuenta de la importancia de su misión y por eso la cumplieron.

En el transcurso de la antedicha operación observé un caso heroico: Víctima de la implacable metralla enemiga, cayó herido un falangista. El terreno era descubierto y las balas lo envolvían por doquier mas a pesar de ello, un bravo camarada que se dió cuenta de la situación de su compañero, arriesgando su vida, se lanzó en aquel infierno y consiguió salvar a su camarada.

La noche ya nos había envuelto en su oscuro manto. No recibía órdenes. Adopté por retirar parte de mis fuerzas a lugares más seguros y en condiciones de defensa para poder pasar la noche.

La sección de infantería al mando del Sr. Calleja, quedóse en su puesto. Así se lo habían ordenado y así lo cumplió, quedando toda la noche en aquel lugar.

Los legionarios recibían órdenes de su jefe inmediato, así tuve que actuar.

Las otras dos secciones, avanzando sin cesar, vinieron sosteniendo sin interrupción, una lucha más que encarnizada. Los que caían, allí se quedaban, después se les recogió y se les condujo a la ambulancia, pero de momento no podían perder tiempo y mucho menos hombres que se ocuparan de hacer los traslados. A veces la guerra lo exige así. Casi habían agotado las municiones por completo más siempre firmes y valientes, entonando su himno y al grito de: ¡Viva España! y ¡Viva la Legión!, armados sus cuchillos, se lanzaron a la bayoneta, cumpliendo con ello el credo Legionario.

En un inesperado momento, una ametralladora enemiga; que ocultada hacía imposible el descubrirla, barre a la mitad de nuestros héroes, no consiguiendo nada con ello, pues igualmente los que restaron, siguieron su impetuoso avance, hasta llegar a las tapias del pueblo de Porto-Cristo, que en aquellos momentos ya apenas tenía aspecto de pueblo, más bien parecía un montón de ruinas. Las casas en su mayoría derrui-

das, por los obuses de la artillería, ofrecían un aspecto de tragedia. Harapos ensangrentados, restos de comidas, munición usada, cadáveres y heridos envueltos en sangre y polvo, algunos sepultados en los escombros de los derribos, era lo que se encontraba al entrar en Porto-Cristo. Las balas silbaban fieras, surcando el aire junto a nosotros, las bayonetas de nuestros legionarios reluciendo su blancura, se hacían invencibles en aquellas tremendas luchas cuerpo a cuerpo que tuvieron en las primeras calles. Algunos cayeron, cumpliendo empero su obligación de luchar hasta morir. Por algo llevaban en el corazón el Credo, que dice: «El espíritu del legionario es único y sin igual, es de ciega y feroz acometividad, de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta»: En la guerra hallaron la muerte y por sudario tuvieron la Bandera Nacional. ¡Legionarios! Habéis escrito una de las páginas más gloriosas de la historia de Mallorca. Bien cumplido dejasteis el Credo con vuestros quince muertos y veinte heridos.

Había avanzado la noche y los legionarios pensaron tomar posiciones. Cinco de los que se encontraban más avanzados, cayeron prisioneros. Uno de los mismos que conocía bien el terreno, pudo escaparse de noche llegando a mi sano y salvo, contándome la siguiente narración:

En aquella encarnizada lucha, me interné en el pueblo. Tío que veía en un tejado o ventana, tío que caía a la calle. Llegué a enfurecerme tanto que sin saber lo que hacía me metí en sus garras, fué entonces cuando me hicieron prisionero. En un descuido me quité la camisa legionaria y como entre ellos no se conocían pude pasar desapercibido. El que me cogió se hizo mi amigo. Me miró las manos, dijo eran de trabajador; entonces me hice rojo, aunque por poco tiempo. Fuí presentado al célebre Zapatero, Jefe de ellos. El «zapatero» tenía muchos billetes, todo cuanto cojian se lo entregaban a él; se quedó grabado en mi memoria y no se me olvidará. Un marxista me dijo: «Tú, que conoces estos lugares, acompáñame a una buena casa en la que podamos cojer algo; y fuímos. Una vez allí, el marxista se agachó para registrar un armario y... entonces, le di un estacazo con el fusil en la cabeza, dejándolo muerto. Confundido entre los demás rojos, me marché, pudiendo así escapar.

Esa es la actuación de este buen legionario Mateo Juan, del cual hablaré bastante en el transcurso de mis páginas, ya que por ser mi

ordenanza, hizo actos que le valieron ser ascendido por méritos de guerra.

Algo que es digno de relatar también es lo que me contó, al visitarlo, el legionario Antonio Cardona, que fué uno de los que tomaron parte muy activa en el asalto. Así fué:

En un embriagado momento de nuestra lucha, me dieron un balazo en un costado. Arrastrándome como me permitían mis debilitadas fuerzas, intenté dirigirme, hacia una casa donde se encontraban algunos camaradas legionarios. Junto a mí pasaron unos comunistas y yo al verlos me hice el muerto, como tal me tomaron pues les oí decir, refiriéndose a mí, que era un muerto... y me dispararon unos tiros. No me dieron. Al día siguiente, fuí recogido por unos legionarios de La Puebla.

Como algunos más, este legionario, demostró su valor y su amor a la Patria! ¿Qué les importaba la muerte!?

Al escribir este libro, tengo un deber: El de recalcar la actuación de mis oficiales.

Fueron excelentes, fueron... Oficiales de guerra. El ya descrito teniente Iglesias, fué sargento en el Tercio de Marruecos, ya conocía por experiencia la guerra. Luchó como, un legionario. Mató personalmente a un jefe comunista, y de no haber sufrido bajas considerables y resultar herido, Porto-Cristo en breve hubiese sido conquistado.

De ser Jefe de la columna, vistas sus grandes facultades y valor, en el acto le hubieran concedido la medalla militar.

El pequeño Garlier, teniente de caballería, también en este sector, luchó con un valor extraordinario rayano en temeridad. Parecía el dios de las batallas. Más, distanciado del teniente Iglesias, careció también de apoyo inmediato luchando hasta el final, cuando no tenía ni hombres para continuar.

El Teniente Camps, no tenía en aquellos momentos mando de fuerzas. Se incorporó a la compañía y actuó por el centro. Luchó en el pueblo donde demostró gran valor y arrojo.

A estos tres oficiales se les puede atribuir la derrota marxista.

El capitán laureado Sr. Munar y yo, nos fuimos a una casa, donde se encontraba la artillería, con el fin de ver de encontrar comida; nada, tuvimos que regresar otra vez al mismo sitio sin haber podido probar bocado, y allí, descansamos. Alrededor de mí, encontré un pedazo de

pan, el cual nos repartimos comiéndolo. Aquello nos quitó un poco el hambre. Más tarde vinieron Gísbert y Camps, serían las diez horas de la noche. Comenzamos a charlar de lo ocurrido.

Estaba preocupado por la rápida intervención de la Compañía en combate. Me quedé sin clases y casi sin oficiales. Solamente me quedaban Munar, Garlier, Camps y los Cadetes. Los legionarios que restaban, estaban en su mayoría lesionados, apenas se conocían entre sí y eso dificultaba las reuniones, pero gracias a éstos oficiales y cadetes pudo haber mando y dirección, de lo contrario el fracaso hubiese sido mayor. Y digo fracaso, porque toda unidad táctica debe tener su frente en proporción. Tiene sus enlaces. Si es posible, sus reservas, más yo no pude tener nada. Las circunstancias así me lo exigieron. De momento no podía saber donde se encontraba el enemigo, calculaba su número en dos mil hombres, podían estar muy repartidos, lo cual no permitía que fijamente se pudiera indicar su sitio. Si hubiésemos ido encuadrados en alguna unidad, otra cosa hubiera sido. Este día francamente, no mandé compañía, actué como oficial de sección. Decían que venían a cooperar con nosotros columnas por el flanco izquierdo, yo no ví nada.

Como éste libro está escrito para que se sepa la actuación del Tercio y su vida de campaña, quiero meterme en consideraciones de orden táctico, ni en otros asuntos que no interesan, pero quiero ser justo. La artillería, nuestra artillería tiene una oficialidad valiente y unos soldados magníficos. Me recuerda al célebre tercero de montaña que en Africa se le llamaba la batería del tercio. Cayó herido el Sr. Teniente Coronel Tejada, el Capitán Sr. Grande y en su heroica defensa, hubieran caído todos si no llega a anochecer. Se portaban tal como eran, valientes. Los ví perfectamente como emplazaban las piezas y aguantaban el fuego, manteniéndose siempre firmes y atentos a sus puestos. Por la noche se oyó poco fuego del enemigo, lo cual demostraba la soberana paliza que habian recibido.

Muy temprano, al día siguiente, lunes, marchamos los oficiales al puesto de mando.

Estaba situado en Hams, posición muy bonita, según decían, pero que a mi modesta opinión no me lo pareció tanto. Allí encontré a gran parte de los legionarios, más los que pudimos encontrar por aquellos

alrededores, pues por la noche anterior, los que estaban desaparecidos se acomodaron donde mejor les pareció.

Creo que reunimos cerca de cuarenta hombres. El teniente Gisbert también fué baja, por poco se queda sin una pierna. Los legionarios ya conocían el terreno; el día anterior, en el mismo, habían luchado con entusiasmo, propio del cuerpo a que pertenecían. También estaban allí los cadetes los que como antes he dicho se habían agregado a la Legión. Ellos lo que querían era luchar, no importándoles si de soldado o de oficial, al fin y al cabo, todos empuñábamos nuestro mosquetón; el único que no llevaba armas era Garlier, quien solamente llevaba un bastón.

En el puesto de mando

Allí me encontré al Teniente Coronel Sr. Llompart, Jefe de la columna de operaciones en Porto-Cristo, y los Comandantes Sres. Salgado y Feliu.

La artillería enemiga, no paró ni un momento de tirarles, pero, ellos fieles a sus puestos, aguantaban la intemperie. Junto al mando estaban los soldados, ¡bravos soldados!, que también aguantaron impertérritos el cañoneo de los buques de guerra y demás enemigos situados en Porto-Cristo. Con estas tropas se puede ir a cualquier parte. Bien pueden quemarse las naves seguros de que cumplirán con su deber.

Nuestra artillería hizo nutrido fuego sobre los emplazamientos enemigos. Creo que les hacía bajas. La preparación artillera era formidable. ¡Lástima que el asalto se diese un poco tarde!

Mi misión, como me dijo el Jefe de la columna, sería en caso de darse el asalto. Era lo más conveniente observar al enemigo su lado débil, o por donde presionase más fuerte a nuestras fuerzas; por allí me lanzaría, como efectivamente lo hice, pues no me parecía conveniente que, como todas las fuerzas se lanzaban al asalto, quedase la artillería sola, expuesta por consiguiente a algo grave. La artillería siempre debe tener protección y más, cuando está—como estaba—tan cerca del enemigo:

Pasamos unas cuantas horas de fuerte fuego enemigo, antes de decidirse el Jefe a dar el asalto, o iniciar los avances preliminares. Cayeron bastantes proyectiles de todos los elementos combativos del enemigo, acompañados éstos de un poco de lluvia que de cuando en cuando se desplomaba, la que si molesta, no era del todo inconveniente.

Como allí había bastante personal, reuní a mi gente en un local, el último de la casa, con la precaución de que en caso de caer un proyectil de los barcos de guerra, fuese difícil llegar hasta nosotros, pues antes tenía que pasar varios tabiques.

Dos certeros disparos enemigos, hicieron blanco sobre la casa donde nos hallábamos; el uno arrancó la barandilla de la azotea, el otro atravesó dos tabiques, ocasionándonos un muerto y varios heridos; solamente resultó ileso el cadete Alomar, al cual encontramos cubierto de polvo.

El asalto a Porto-Cristo

A las doce se dió la orden del asalto.

La colocación de las fuerzas no la puedo precisar exactamente. Recuerdo que la compañía de ametralladores de los de Infantería, al mando del Capitán Sr. Martorell, estaba en el ala derecha. El Capitán señor Real, de la columna Esquivias, bajaba por la extrema derecha, avanzando impetuosamente. La fuerza de Falange, al mando del Jefe Cerdá, ocupaba los lados de la carretera. A la izquierda estaba la Infantería al mando del Capitán Sr. Salom. Los heroicos carabineros de la compañía del Capitán Sr. Simarro y al mando del Teniente Sr. Sainz, junto con Guardia Civiles y otras milicias de los pueblos de Mallorca, de cara al pueblo por la carretera.

Se dió el toque de ataque. Pude ver entonces un espectáculo verdaderamente hermoso. Formación correcta. Rapidez y decisión caracterizó este asalto. Eran muchos metros de ataque, mientras que la distancia y el terreno no eran nada apropiados para efectuarlo. Era de admirar el avance de las fuerzas atacantes. ¡Qué héroes nuestros soldados! Como luces se veían relucir nuestras bayonetas, marcando la línea inexpugnable de nuestras fuerzas que avanzaban con el pecho al enemigo. ¡Hacia la victoria! ¡Tal vez hacia la muerte! Pero, ¿qué importaba la muerte en aquellos instantes?

Como que mis legionarios se hallaban algo descansados y viendo que no podría haber movimiento envolvente por parte del enemigo, dispuse el asalto y por secciones. Allí los bravos legionarios armaron sus cuchillos y en el momento que los valientes artilleros dieron un ¡Viva la Legión!, avanzaron precipitadamente en dirección al enemigo. Primero el Teniente Camps con veinte hombres, por la carretera hacia el pueblo, el resto de la compañía, 15 a 20 hombres y todos los cadetes y oficiales a mi mando, emprendí el ataque por el flanco izquierdo, con el objeto de hacer un movimiento envolvente para entrar en el pueblo.

La impetuosidad del avance de las otras fuerzas que nos precedían, desalojó al enemigo de sus posiciones, huyendo y fortificándose nueva-

mente en la casa Servera y casa del Regalo. Allí y sus alrededores se concentró todo el enemigo, haciéndonos intenso fuego.

Nosotros, que éramos pocos, creímos conveniente internarnos en el pueblo, toda vez que entrar en aquellos lugares hubiese sido un sacrificio inútil.

En aquel lugar cayó el Capitán Salom, con otros muchos de su compañía. Este flanco izquierdo siempre estuvo poco vigilado. El cadáver del Capitán Salom, allí quedó, no se pudo retirar hasta pasados unos días.

Como dije antes, los marxistas se habían fortificado fuertemente, ante ellos no había quien pasase. Terreno descubierto y ellos dispuestos a no entregarse. No poseían más solución que defenderse, ya que solamente tenían dos caminos: caer en nuestras manos, o ir de cabeza al mar; pero, tampoco eran tontos, y adoptaron defenderse. Su fortificación era inexpugnable y los valientes de Salom, no pudieron pasar. ¡Ese flanco izquierdo dió trabajo para rato!

Falange Española, al mando del Jefe Cerdá, se distinguió notablemente. Daba gusto ver aquellos falangistas con sus uniformes azules, en correcta formación de asalto, ¡y qué bien actuaron dentro del pueblo! ¡Mi admiración heróicos falangistas! Allí se encontraban entre muchos Cerdá, Mulet, Gallego, Sastre, Muntaner, Fiol, Tous, Real, Palmer, Vanrell, Vadell, Tomás, Barbará, Vilella, J. Cerdá, Ramirez, Mas, Alemañy, Estrany, Solanas, Massanet, Oleza, Gallud, Pons, Lladó y muchos otros cuyos nombres siento no recordar; éstos, con el fusil en la mano, eran la vanguardia que el 19 de Julio se lanzaron a la calle para defender la nueva España.

Los carabineros fueron, puede decirse, los primeros que entraron en el pueblo. Cogieron los cañones enemigos. Eran pocos, pero al mando del Capitán Sr. Simarro, Teniente Quilés y Sainz Gralla, con un valor y arrojo insuperable, se multiplicaban asimismos. Desde el primer día, actuaron con el Tercio y, para mí, eran otros tantos legionarios de aquella imponente compañía.

Guardia Civil, Requetés y Milicias no desmerecieron en nada a sus compañeros, todos pusieron el máximo entusiasmo; imposible hacer distinciones de una fuerza a otra, diferentes uniformes, pero todos con el mismo corazón de soldados de la Patria. ¡VIVA ESPAÑA!

Uno de tantos héroes

Cuando marchábamos para la línea de fuego, los camiones de los legionarios en distancias de marcha, llevaban sus provisiones de boca. En uno de estos camiones iban unos sargentos de la Legión y un alemán legionario de la bandera. Cantaban bajo la dirección del Jefe de la orquesta, sargento Duque:

Tercios invictos, Legión de bravos,
al mundo entero con altivez
podeis mirarlo porque vosotros
del mundo entero sois honra y prez
Donde el caído lloró angustiado
donde un hermano la vida dió,
donde traiciones piden venganza
vuestra bravura siempre acudió.

Legionarios a luchar
Legionarios a morir
Legionarios a luchar
Legionarios a morir.

Cuando de pronto, entusiasmados por los cantos y alguna que otra botella que encontraron marchaban pensando en el próximo encuentro, una parada rápida del camión, paralizó el canto, el director salió por encima del motor dando la vuelta de campana, cayó delante de las ruedas, no le pasó nada. Dios velaba por los hombres que tenían una misión sagrada que cumplir: el defender la Patria. El Legionario se sacudió el polvo. El camión continuó su marcha y la «orquesta» siguió amenizando el festejo. Ya no quedaban nada más que botellas vacías.

Aquellos legionarios eran fieras. Más tarde lo demostrarían.

El sargento Duque al lado del sargento Maldonado, otro sargento de Infantería, que abandonó familia y el polvo de la oficina para enrolarse en este invicto Tercio.

El legionario alemán continúa cantando:

Tercios heroicos, Legión valiente,
que en la vanguardia sabéis morir.
son el orgullo de nuestra España
vuestras hazañas al combatir.
Los que en España no habeis nacido
y sangre y vida dais en su honor,
hijos de España sois predilectos
que habeis ganado su excelso amor.

Estos héroes, sargento de Infantería Duque, Maldonado y Linpemberg les enseñaron el Himno a los marxistas.

Días después, el sargento Duque me contó lo siguiente:

Hicimos muchas bajas, el asalto fué algo emocionante, por todas partes llovían balas, piedras etc. Muchos de nosotros caíamos, pero ¡que importaba!, siempre seguíamos adelante.

En los momentos graves, siempre había un legionario que se le ocurría algún chiste gracioso sobre el asunto: Se acercó a mi lado el legionario Fontirrech y me dice: Mi sargento, parece usted un torero malo, a ese lo ha hecho municipal: claro como que le había clavado un machete de parte a parte.

Ocupamos varias casas y al momento nos dimos cuenta que las habían ocupado personas «decentes», ropas por el suelo, cajones abiertos, muebles destrozados.

Un alto en una de esas viviendas ocupadas y emprendimos al momento el avance. Estábamos en las primeras casas de Portocristo. Antes habíamos presenciado un bonito espectáculo:

Al darnos cuenta de que una pieza de artillería enemiga estaba a punto de disparar nos lanzamos a apresarla, y surgió la detonación antes de nosotros llegar... Pero, ¡Oh sorpresa!, la granada explotó contra la pared que tenía delante y los cascotes fueron hacia atrás.

Muchos de ellos cayeron muertos y mal heridos. Parecía que alguien con un aparato de «Flit» se dedicaba a matar mosquitos.

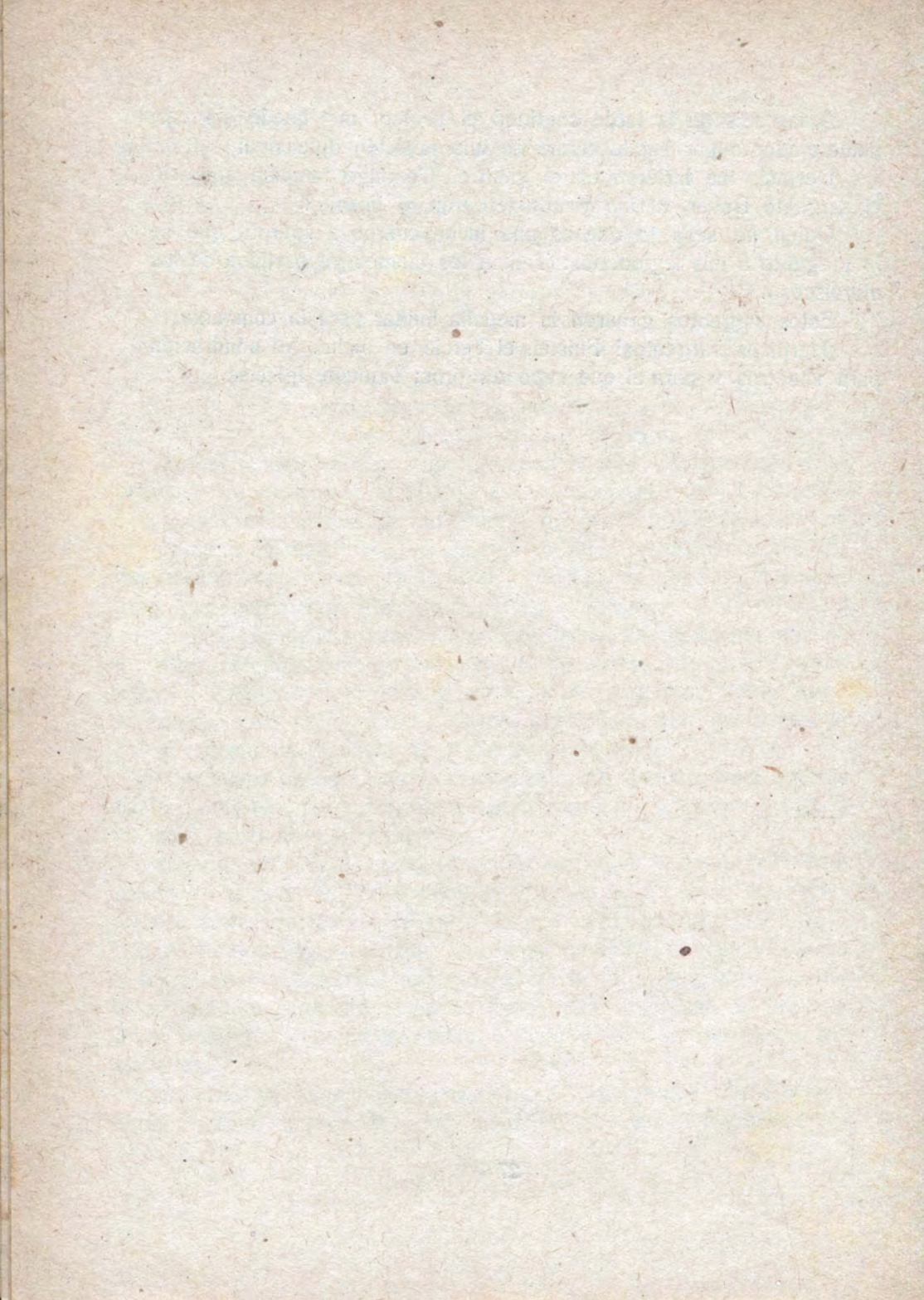
A las seis de la tarde continuó el tiroteo, m^o quedé sin casi nadie y adopte por establecerme en una posición defensiva:

Después me hirieron en el vientre. Conmigo también apareció el sargento Bover, herido y nos retiraron al hospital.

Quién no sepa lo que es una lucha cuerpo a cuerpo, que se lo pregunte a mis legionarios: Tenian los dientes ya partidos de los mordiscos...

Estos sargentos ganaron la medalla militar para la compañía.

¡Heroicos sargentos! Fuisteis el Tercio en lucha. Mi admiración para vosotros y para el que supo dirigiros; Teniente Iglesias.



Porto-Cristo

Entramos todas las fuerzas atacantes en Porto-Cristo. Una sensación de tristeza invadió nuestro ánimo. Unas pocas casas tan sólo habían quedado en pié. A nuestro paso por las calles encontrábamos fusiles, cadáveres y heridos que el enemigo, en su cobarde retirada, no tuvo el valor de recoger.

Algunos enemigos salieron algo tarde de sus escondites y entonces, al darse cuenta de nuestra presencia, pretendieron huir aunque inútilmente ya que su fuga era siempre cortada por un certero disparo de nuestras fuerzas.

Algunos cadáveres bañados en sangre yacían aun calientes entre los escombros. Un tiro de gracia terminaba con la agonía de los que, heridos, sufriendo horriblemente purgaban sus maldades. Durante la limpieza que hicimos por las calles, algunos de los nuestros cayeron, y fueron retirados supongo que al puesto de mando.

Mi gente detuvo a un turco y un catalán. Estos, una vez en mi presencia se arrodillaron, pidiendo perdón. Su aspecto era repugnante, y como se les había cogido con el fusil en la mano, disparando contra los nuestros, mandé que se los llevaran y, a poco rato, oí unos disparos que, la verdad, no me alteraron lo más mínimo. Habían caído muchos legionarios el día anterior, y muy bien podían haber sido estos dos sus asesinos.

Un sargento de artillería, llamado Sánchez, era detenido poco después. Se hallaba, según dijo, con permiso en Ibiza, cuando ésta fué invadida por los rojos. Hecho prisionero, fué obligado a formar parte de las columnas de desembarque. Pudimos comprobar que por el cañón de su fusil, engrasado todavía, no había pasado ninguna bala y que, a la primera oportunidad que se le ofreció se había pasado a nuestras filas.

Nuestras fuerzas demostraron su valor en múltiples ocasiones. Un carabnero llamado Fernando Sahuquillo, se encontraba en una de las

casas situadas al final del pueblo, cerca del mar, disparando en pié, sin más parapeto que una manta arrollada a su cuerpo, contra las fortificaciones enemigas situadas en la casa Servera; tuve que llamarle la atención para que se retirara; pero, al poco rato observé que continuaba disparando tranquilamente. Nuevamente le dije:

—¿Pero hombre, no ve Vd. que está descubierto y van a dejarlo seco de un balazo?

—¡Déjeme, mi Capitán—me contestó.— Tío que sale, no entra!

Y prosiguió disparando tranquilamente. Por fortuna, este valiente nada desagradable tuvo que lamentar.

Comenzamos a tomar disposiciones para fortificar los puestos antes de que llegara la noche. Ocupamos el final de la calle que da al puerto sin que pudiéramos avanzar más pues estaba enfilado con bastante precisión y las ametralladoras vomitaban certeras sus balas. Emplazamos allí una pieza de artillería y tuvimos algunas bajas de falangistas y legionarios.

El Teniente de artillería Sr. del Hoyo disparaba solo a unos doscientos metros del enemigo. Todas las calles eran barridas por la metralla enemiga, pero este oficial continuaba batiéndolos. Cambió de emplazamiento, había que atacar otros objetivos y los atacó, muy eficazmente por cierto. Este oficial de artillería, por su valor y arrojo, levantó mucho la moral de nuestros combatientes. ¡Valiente, oficial de Artillería fuistes un héroe!

Por allí se encontró a Gallego, el gran falangista y otro compañero. Con los dos y mi ordenanza fuimos a una casa con el fin de hostilizar mejor al enemigo. Subimos mientras nos freían sus disparos, pretendíamos llegar a la azotea cuando nos divisaron, teniendo que poner colchones ante nosotros y allí parapetados empezamos a molestarlos. ¿Recuerdas camarada de la vieja guardia, Gallego?

Nos reunimos esto que se llama «La Vieja Guardia de Falange», aquellos que antes del movimiento nos jugábamos la carrera, la vida, no aquellos que cuando había algo no se les encontraba por ninguna parte, estos ni mentarlos quiero.

En aquel lugar me instalé con mi compañía, a continuación lo hizo nuestra Falange seguida de nuestra Infantería.

Estaba con el Tercio y con la Falange, en el peligro actuábamos de acuerdo. Junto a mí estaban los de Falange, los que actuaron conmigo el primer día del movimiento, aquellos que se lanzaron a la calle contra los rojos, eran mis camaradas en Porto-Cristo. Defendían la misma consigna que el primer día, no debían dejar pasar ningún rojo y mientras estuvieran ellos allí no pasarían.

Mis oficiales se dedicaron a nombrar el personal que debía ocupar cada puesto, dándoles las órdenes del servicio, ¡Cuanto trabajaron mis oficiales! Todo lo hicieron ellos. Si un capitán tiene buenos oficiales bien puede estar tranquilo y esto me pasó a mí, la misión mía era fácil porque todos cumplían lo ordenado y no presentaban dificultades, todo lo hacían con precisa puntualidad. ¡Que les importaba el enemigo! si tiraban, ya estaban acostumbrados, es más, se enardecían y sentían más ganas de luchar.

Cerró la noche y nos colocamos en los puestos de servicio, todos en la misma calle, vigilando a cada esquina de las calles que cortaban la nuestra. Las parejas de vigilancia eran de cuando en cuando relevadas por legionarios más descansados. El resto de la compañía en grupos de ocho a diez, todos apostados en colchones como parapetos y cubriéndose con una manta, intentaron descansar. Mi cama era un colchón como los demás y allí nos tumbamos todos los oficiales y mi ordenanza. Teníamos nuestro mosquetón debajo del brazo, era muy incómodo, pero en aquellas circunstancias y lugar, un mosquetón hacía mucho.

Antes de dormir nos repartimos un poco de cena, consistiendo esta en un bote de aceitunas y una botella de champagne que no se como apareció por allí, esto como es natural extinguió un poco nuestra hambre dejándonos algo tranquilos, durmiéndonos después de este ligero banquete, mejor dicho, yo me dormí, de los demás ya no pudo verlo.

Más tarde oímos un leve tiroteo, nuestros legionarios respondieron con sus disparos, oyéndose del último puesto el tableteo de la ametralladora allí emplazada. Ordené a los legionarios que no se disparase y que estuvieran quietos pues algunos ya habían armado sus cuchillos.

Por la mañana me dijeron que en la madrugada se había armado la de San Quintín en el sector de villa Chile, mas yo como que estaba dormido, no me preocupé por nada, hubo de todo,—me dijeron—, ame-

tralladoras, bombas, morteros etc., pero como antes dije, poco me preocupó aquel ruido nocturno, sabía porque lo hacían, pasaba como en Africa, disparaban para saber la posición de nuestras fuerzas.

Llegó el día 18, martes, y el Jefe de la Columna Sr. Llompart, dispuso hacer la descubierta. Cada fuerza salió de su puesto respectivo. Era una descubierta difícilísima en la que hubo fuerte tiroteo y algunas bajas.

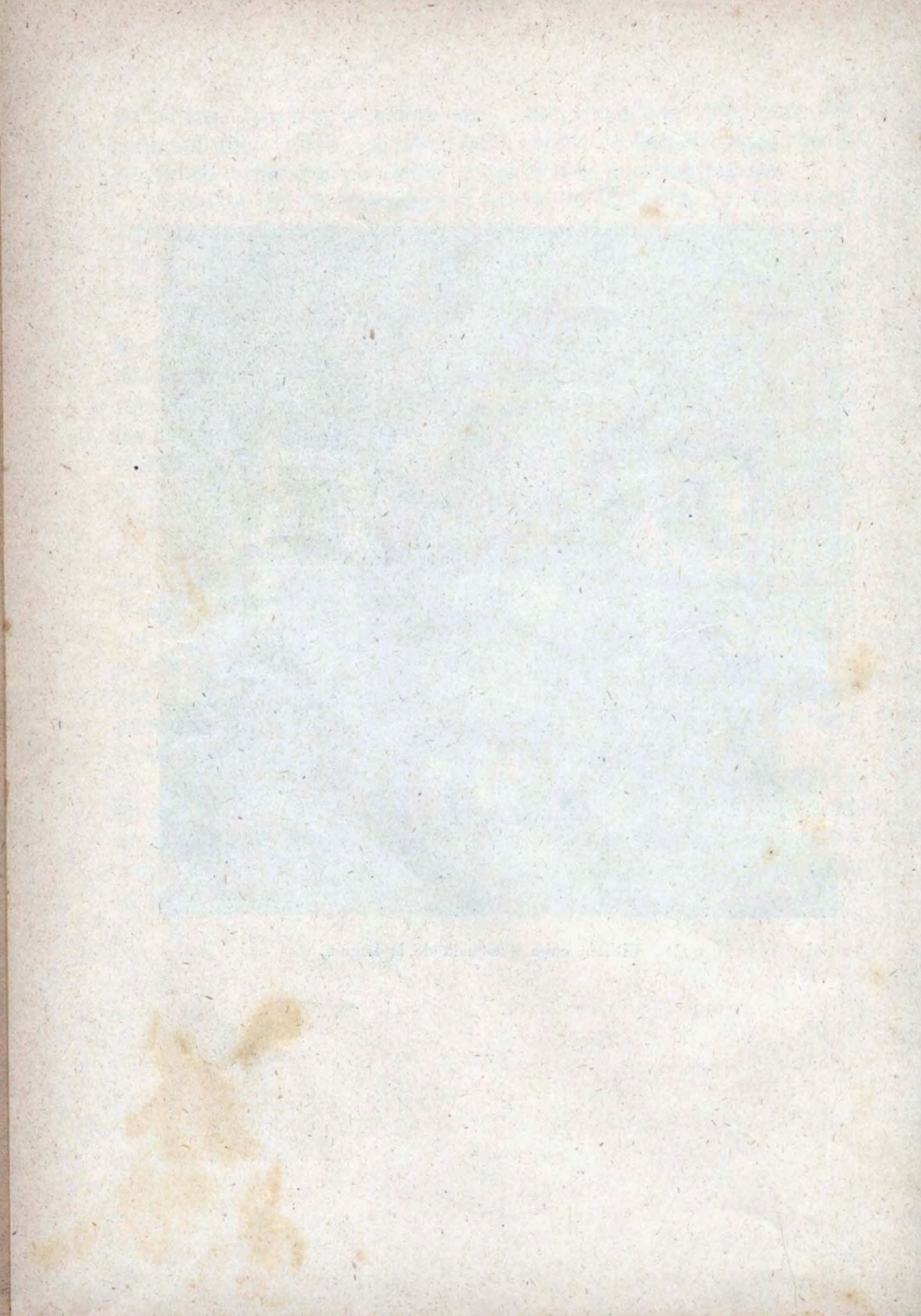
Serían las diez de la mañana aproximadamente, cuando viendo que el enemigo hacía intenso fuego de cañón, tirando a los lugares ocupados por nuestras fuerzas: me dirigí al Jefe de la Columna, para que éste ordenara a nuestra artillería, hiciera fuego sobre los objetivos situados en el bosque de pinos y casa Servera. Había teléfono, pero creí más conveniente, remitir la orden personalmente y así lo hice, diciendo al Jefe de artillería lo que tenía que hacer, mandando éste fuego poco después.

Al poco rato de mi llegada, vino el teniente Sr. Garlier diciendo que, la situación se hacía cada vez más delicada y que el capitán señor Munar estaba haciendo un trabajo intenso. Adiviné la situación, recogí unos cuantos legionarios, unos veinte aproximadamente, y me instalé en el flanco izquierdo. Allí existía una casa con buenos emplazamientos que parecían a propósito para evitar un ataque a nuestra artillería y al pueblo por retaguardia. Esta casa se llamó en lo sucesivo «Casa del Tercio». En este lugar monté un servicio conveniente.

Por la tarde me enteré que al capitán Munar le dieron un balazo en el pecho, retirándole después de herido a Manacor. Tuvo bastante lucha, estaba solo con sus legionarios y el cadete Soria, quien estuvo muy enérgico ayudando al capitán Munar, quedando después al mando de los legionarios.



Dar Riffien, cuna y escuela de la Legión.





Legionarios...



Villa Chile.





Grupo de legionarios, con las banderas cogidas al enemigo.



En la misma línea de fuego—Cuevas del Drach— los legionarios celebran una escaramuza afortunada.



Los legionarios muestran orgullosos sus trofeos.



Legionarios y falangistas fraternizan, después del desembarco en Ibiza.





Una calle de Ibiza rebautizada por la canalla catalana.



Al final de los combates, después de la huida de los héroes catalanes.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO



THE UNIVERSITY OF CHICAGO



Ibiza. Misa de campaña.



Legionarios con los trofeos de la victoria.





En los parapetos de Porto-Cristo.



El momento cumbre de la vida en campaña: La comida.



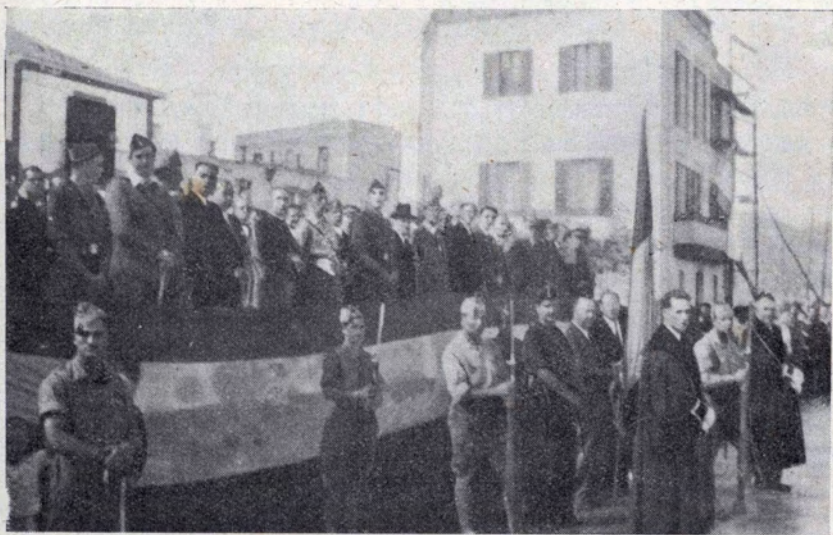
THE UNIVERSITY OF CHICAGO



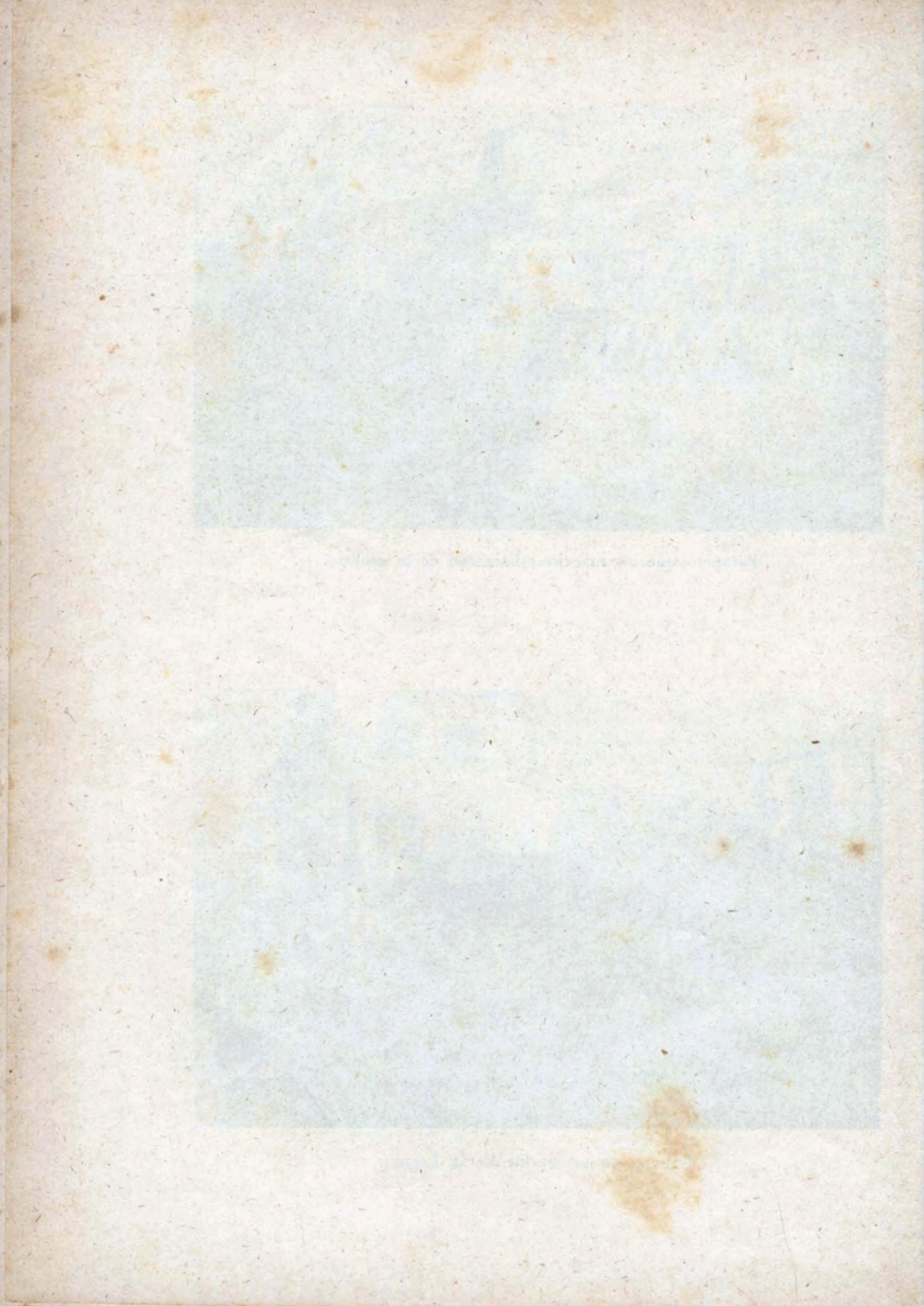
THE UNIVERSITY OF CHICAGO



Parapeto que los marxistas llamaron de la muerte.



Tribuna en un desfile de la Legión.



Casa del Tercio

Esta casa tenía un reducto fortificado y en avanzadilla, como solíamos emplear en la guerra de Africa. Desde allí dominábamos bastante extensión de terreno, haciendo difícil que se filtrase el enemigo, ya que éste se extendía hacia nuestra posición pero nunca se llegó a acercar. El Tercio hizo aquí vida de campaña.

El Teniente Camps sufrió una seria caída al pretender emplazar una ametralladora, pues se hundió el piso donde se colocaba, rodando máquina y hombre al fondo, teniendo que ser llevado al hospital.

Serían las once de la mañana, cuando comentando, junto a los camiones de aprovisionamiento, los incidentes de la jornada, aparecieron como todos los días los aparatos enemigos y rápidamente se disolvió la tertulía. Cayeron unas cuantas bombas, destrozando una de ellas, un camión en el que había una pieza de montaña y debajo del cual se había refugiado un falangista. Al llegar allí, pasado el peligro, apenas pudimos reconocerlo, era José BARBARÁ.

Ya instalados en nuestra posición, empezamos el arreglo del local. Allí se estaba mejor que en Porto-Cristo pues había espacio para todos y teníamos hasta cocina y víveres.

Los refugios—la cuadra, unas chumberas y el resto de la casa—al aviso de aviación enemiga, se llenaban de gente.

En cuanto a comida, nosotros que llevábamos unos días haciendo oposiciones para camaleones, no pudimos quejarnos.

De la cocina me encargué yo, ayudado por otros aficionados.

La despensa estaba bien surtida: Arroz, aceite, huevos, melones, higos.

Allí volvieron los legionarios a recobrar el humor. Se cantaban tangos y malagueñas. Se paseaba; uno, Estelrich, hacia piruetas en una bicicleta. Se improvisó una barbería.

La avanzadilla estaría a unos 150 metros de nuestra posición. Se marchaba cubierto por una tapia, bien fortificada y cubierta de ramaje, que la hacía casi invisible a la aviación. Se vigilaba de día y de noche. En nuestra posición teníamos un puesto y un parapeto circular, lo cual constituía una buena defensa.

A los dos días de estar allí, le comuniqué al Comandante Esquivias si creía conveniente hacer, con la Legión, un reconocimiento por la Torre del Moro, a lo cual accedió.

El paso del cangrejo

Recogí a todos los legionarios, menos una escuadra que dejé de guardia en la casa, emprendiendo la marcha. Mientras tanto nuestra artillería hacía algunos disparos de protección.

Mandaba en primer lugar el Teniente Pagés y a continuación otra sección con los cadetes y Garlier. Al llegar a un sitio convenido, dispuse que el Teniente Pagés con una sección, efectuase un reconocimiento. Nosotros estábamos a la expectativa. El reconocimiento fué profundo, encontrando cadáveres abandonados y algunas municiones; se conoce que por este sitio, la columna Esquivias, dió buena leña a los marxistas. El terreno no era nada bueno y nosotros seguíamos esperando en él, hasta que por fin el Teniente Pagés me comunicó que no había nada de particular. Terminada mi misión y al intentar retirarnos tranquilamente, recibimos una fuerte descarga de ametralladoras, teniendo que tirarse todo el mundo al suelo, y aguantarnos de esta manera, creyendo empero, que las balas nos pasaban muy alto; mas no era así, las balas levantaban el polvo entre los legionarios, quedando algunos de ellos con las cartucheras atravesadas. Reaccionado de la sorpresa, ordené a todos que se refugiasen en una casa, pero algunos de los que se encontraban más avanzados no tuvieron tiempo, dirigiéndose a una pendiente donde consiguieron ocultarse, pero como que las balas los freían, marchaban a gatas, y de lado, cual cangrejos, ocasionándonos a todos una gran risa, pues aquella era una graciosa desbandada, la que jamás habíamos visto. Buena parte del día estuvimos comentando el «paso del cangrejo».

Terminó aquello y al poco rato emprendimos la marcha hacia nuestro destino, cuando de pronto acudió la aviación enemiga la que nos hizo pasar un mal rato, no porque lanzara bombas o nos ametrallara, sino porque el terreno era un barranco que carecía de toda ocultación eficaz; por fin pudimos escondernos en unas matas. Una vez pasado este incidente nos dirigimos nuevamente a la casa del Tercio.

Mandé la compañía a la posición y fui a ver al Comandante Esquivias; le di el parte y él me comunicó que la artillería había observado algo sospechoso. Teníamos que ir otra vez; pero ésta para quedarnos allí permanentemente. La artillería haría unos cuantos disparos antes, con el fin de batir los lugares que íbamos a ocupar, o sea la Torre del Moro.

Emprendimos la marcha con el máximo de precaución, aun cuando sabía que por allí no había más que muertos. Se hacía la noche y alargamos el paso pues la precaución y los obstáculos hacían el camino cada vez más penoso. En esta marcha, que íbamos todos descalzos, era imposible el que nos hicieran una emboscada. Hasta que llegamos a la Torre del Moro, marchó toda la compañía por pelotones desplegados en guerrilla y las escuadras en orden de combate.

En la Torre del Moro

Era de noche, cuando encontramos una torre medio destruida y una casucha cuya cabida sería de unos veinte hombres; no había nada más a excepción de un horno. Establecí un servicio de puestos de la siguiente forma: uno en la Torre, dos en la costa y dos alrededor de la posesión; se dominaba también el mar, divisándose perfectamente en él la escuadra enemiga. Era un punto estratégico y de mucha importancia militar.

Una vez montados los puestos, dispuse que el personal se alejara y descansara lo mejor posible, desde luego sin comer cosa alguna, pues todo lo dejamos en la anterior posición. Nos metimos cuarenta hombres dentro de aquellos lugares, los que por su suciedad me parecieron cuerdas antiguas, pero como era de noche y no se podían encender luces, no le dimos importancia. Fuera hacía frío, pero dentro nos asfixiábamos, a pesar de todo era preferible pasar calor. La camisa y el pantalón eran las únicas prendas que nos separaban del suelo, teniendo que pasar de esta forma la noche. Recuerdo que alguien me pisó la cabeza, a otro las manos, a otro los pies y así sucesivamente iban pisándose unos a otros. Cada vez que había un relevo solía oírse: ¡Cuidado con mi mano!, ¡Tú, ya podías ir descalzo!

El día siguiente transcurrió sin novedad.

El Comandante me mandó como refuerzo un pelotón de infantería y dos ametralladoras con su correspondiente personal. Colocáronse allí, emplazando una máquina en la Torre, en unos parapetos que allí construimos, aprovechando los materiales encontrados; otra ametralladora la colocamos en un parapeto cubierto de matas, cerca de la casa; el fusil ametrallador lo cambiábamos constantemente de un lado a otro; el telegrafista se colocó en el único sitio que podía estar el aparato de transmisiones, entre la casa y el horno. Evitábamos así que el enemigo nos cogiera las transmisiones.

La orden que me dió el comandante, era molestar lo más posible al enemigo y dar cuenta del movimiento de los barcos.

Lo primero siempre se cumplía. No le dejábamos descansar, toda vez que le cogíamos por retaguardia; en cuanto a lo segundo, la proximidad del mar facilitaba enormemente nuestro servicio. Día y noche se observaba el movimiento de buques enemigos.

Como me figuré que aquella posición iba ha ser permanente, ordené que el personal que quedaba en la «Casa del Tercio» se incorporase con todo el material de cocina y mantas, lo mismo que los automóviles de transporte; éstos se colocaron en un lugar que llamamos «centro de aprovisionamiento».

Pasó el día mucho mejor de lo que nos habíamos figurado, no ocurriendo nada de particular; el enemigo por lo visto no se dió cuenta y nosotros encantados.

Al día siguiente quise darles un poco de sorpresa con música; observé que el enemigo tenía buenos emplazamientos y que hacían viajes de un lado a otro con absoluta tranquilidad. Colocadas las ametralladoras, les lanzamos una lluvia de balas. Daba gusto verles correr. No quedó por allí ni un alma. El asunto nos salió bastante mejor de lo que esperábamos. Nosotros que, merced a aquellos parapetos, estábamos preparados por si acaso nos disparaban, no tardó mucho; nos soltaron unas cuantas ráfagas de ametralladora, pero continuamos sin darle importancia; estábamos desenfilados. Lo único que podría molestarnos eran los disparos de cañón. De pronto, y aquí empieza nuestro calvario, nos sueltan un cañonazo que pasó muy cerca, yendo a parar al mar. Aquello ya cambió. Nos figurábamos, y con razón, que no sería el único, continuando nosotros haciendo ráfagas de ametralladora; otro cañonazo que nos sueltan y la casa salió casi volando. Le hizo un agujero de más de dos metros de diámetro; menos mal que dentro había pocos legionarios; saliendo todos ellos como gatos espantados completamente llenos de polvo. No hubo que lamentar ninguna desgracia. La única, si es que se le puede llamar desgracia, fué que teníamos un repuesto de botellas de marca, que por allí aparecieron y unas hermosas sobrasadas, estropeadas completamente. También quedaron destrozados algunos fusiles.

El telegrafista, Saturnino Sierra, que se encontraba cerca de nosotros, fué cubierto de piedras; el aparato salió por el aire. Allí mismo lo arreglamos y continuó funcionando.

Dos cañonazos más, uno al agua y el otro corto.

Como ya de la casa no nos fiábamos, nos trasladamos al horno, total tres o cuatro pasos. El horno parecía mejor parapeto por sus paredes gruesas, aunque otro cañonazo nos hizo tragar polvo y tierra.

Como un relámpago, todos a mi orden se retiraron a un parapeto que existía más a retaguardia y abandonamos aquella casa dejando un puesto de legionario en la Torre. Desde aquel momento la casa ya no volvió a ser habitada por nosotros; al fin y al cabo aquella posición no tenía valor estratégico alguno.

Calculo que este día nos dispararon unos veintiséis cañonazos, a una distancia de mil metros.

El nuevo refugio escogido tenía más carácter de parapeto. Se trataba de una tapia de un metro de espesor y altura suficiente para cubrir a un hombre en pie. A su abrigo pude instalar toda la fuerza.

Empezamos a construir doble parapeto en forma de trinchera para que el personal pudiera descansar y dormir relativamente bien; hicimos catorce o quince puestos, de modo que se podía vigilar mirando alternativamente al frente y a la retaguardia. Monté dos puestos más a retaguardia, a unos pasos de la costa y bien ocultos. Estos puestos tenían la misión de vigilar la costa hasta Cala Anguila y proteger la retaguardia nuestra; por allí era difícil que se filtrase enemigo y, estando vigilantes, aquello era inexpugnable para la infantería el parapeto tenía defensa por dos lados, condición estratégica que nos fué de enorme utilidad en el célebre combate de la Torre del Moro.

Desde la posición mandaba hacer reconocimientos a Cala Anguila; por allí se veían de noche algunas luces, pero no se encontraba nunca nada. La única preocupación nuestra era los barcos marxistas, si alguno hubiese disparado contra nosotros, aun cuando tuve la previsión de construir parapetos transversales a la trinchera, hubiesen sido derribados por el fuego enemigo y creo que lo hubiésemos pasado mal.

Todos los días los aviones enemigos pasaban por allí, dejaban caer su cargamento de bombas, algunas de ellas incendiarias, ametra-

llándonos después. Nosotros les contestábamos con un intenso fuego de ametralladora. Estoy seguro que muchos de ellos se marcharon algo averiados.

La casa Servera era el blanco de nuestro más intenso fuego pues nos encontrábamos sobre ella cuando los aviones nos dejaban tranquilos. A su vez nos contestaban con música de cañón.

Cuando al cabo de algunos días habíamos encontrado un rincón donde instalarnos, recibimos un cañonazo que nos puso a dieta nuevamente, lanzando por el aire todas las provisiones de boca y garganta.

Después de instalarnos nuevamente pedi permiso al Coronel y me trasladé a Palma, dejando al teniente Pagés al mando de la posición. Me acompañaba el teniente Carlier. Al regreso supe que otro cañonazo enemigo había derribado el nuevo alojamiento. El Teniente Pagés, el sargento Flexas, el cabo botiquin Capó y algunos más resultaron heridos, más o menos levemente, teniendo que ser trasladados algunos al hospital de Manacor

Combate de la Torre del Moro

23 de Agosto. Comenzó el día con intenso fuego de cañón, ametralladoras y fusilería. Nosotros contestábamos y produjimos bajas vistas. Así pasó toda la mañana.

Serían las cinco de la tarde, cuando la tranquilidad era casi absoluta. Me dirigí, acompañado de mi ordenanza Mateo Juan y del cadete Soria, a inspeccionar el rancho. En la casa que nos servía de cocina, hacían guardia los chófers, al mando del cabo Bartolomé Vadell, quien se repartía el servicio con el cabo Cirer. Este puesto de retaguardia era siempre atacado por los aviones y a veces los buques de guerra concentraron allí sus fuegos, creyendo teníamos instalado un depósito de municiones.

Mientras inspeccionaba el rancho recibí un parte del Comandante Esquivias quien me ordenaba con la máxima urgencia me presentase en el puesto de mando para conferenciar. Me figuré que sería una operación designada al tercio y salí con un coche. Esto fué mi salvación, porque si llego a coger el camino más corto, marchándome a pie, por las cuevas del Drach, allí hubiese terminado. Llego a Porto-Cristo y observo un fuego de fusil y ametralladora en Torre del Moro y un grupo de 30 ó 40 individuos que bajaban corriendo. Aquello fué una verdadera sorpresa. Nadie sabía nada y mucho menos yo que bajaba de allí sin haber observado nada de particular.

Las fuerzas en Porto-Cristo, dirigidas por el Comandante Esquivias rompieron el fuego contra los que bajaban. El capitán Real, con el fusil hacía certeros disparos. El Capitán Morey y el teniente Vich, por otros sitios cortaban la retirada a los que huían. El cadete Soria cogiendo un fusil se colocó en un paso obligado, y no pasaba uno que no llevase su merecido.

La llegada de un sargento y dos legionarios, que cayeron por un barranco al pretender perseguir al enemigo, enteráronme de lo que estaba ocurriendo.

Habían querido copar la guarnición, pero en la Torre del Moro había vigilancia y sucedió todo lo contrario.

Por orden del comandante me fui allí. Recibiendo al poco rato el refuerzo de una sección de infantería.

Durante la marcha hicimos un reconocimiento bastante amplio; por el camino encontramos a dos legionarios que llevaban un parte al Comandante, dando detalles del combate y de la actuación heroica del brigada Barceló.

Era ya de noche cuando llegábamos; por el camino bastantes cadáveres; los bravos legionarios e infantes no se dejan sorprender tan fácilmente.

Una vez allí el teniente Pagés me hizo el siguiente relato:

«Al retirarse Vd. por el lugar que se hacia el rancho, y pasados unos diez minutos, los legionarios se sorprendieron de un individuo que les hacía señas. Y precisamente ese individuo se parecía a mi hasta en el aspecto. Luego se convirtieron en varios los que llamaban. Al grito de los nuestros: ¡Aquí la Legión! contestaron ellos ¡Aquí Azaña! El legionario Bartolomé Cantallops salió voluntario para ver lo que pasaba. A unos cincuenta metros le hicieron una descarga. Salió ileso por casualidad. Entonces comenzó el tiroteo. Los defensores de la posición, como medida preventiva se parapetaron. Gracias al ramaje y estrategia de los parapetos el enemigo pudo creer que allí no existían medios apropiados para la defensa.

Mientras los legionarios contenían el avance de los enemigos, el brigada Barceló se lanzó con una ametralladora y con personal de infantería al ataque, pero en movimiento envolvente; ¡y aquí fué Troya!

Por una parte las ametralladoras enemigas emplazadas en casa Servera disparando contra nosotros, que gracias al perfecto parapeto pudimos repeler las ráfagas de metralla y de otra, la sorpresa del movimiento envolvente en que la canalla marxista cayó, hicieronles emprender vergonzosa desbandada, que fué aprovechada por los soldados y legionarios que, armados de los cuchillos, se lanzaron al asalto.

Estos individuos, que eran del P. O. U. M., dejaron sobre el campo bastantes muertos y municiones. El combate fué encarnizado.

La legión tuvo dos bajas: el cabo Clemente Prada, que resultó muerto y el cabo Abilio Aleixo, gravemente herido, este héroe murió en el Hospital de Palma.

Infantería tuvo un cabo ametrallador muerto y los cabos Miguel Sastre y José Servalles, heridos.

El cabo legionario, Clemente Prada, antiguo legionario del Tercio de Marruecos, había pertenecido a la «15» compañía de la tercera bandera, estando a mis órdenes en dicha compañía. Era un valiente, fué herido varias veces y en esta lucha murió como mueren los legionarios, despreciando a la muerte. Un marxista herido le disparó su pistola a un paso. Le dió en la frente, rodando juntos por el suelo. Otro legionario le metió cinco cartuchos en el cuerpo al moribundo asesino.

El cabo Abilio Aleixo fué herido en un muslo, por un pedazo de metralla de cañón. Como era de noche le mandamos al hospital. Al asistir al entierro me enteré de la herida que tuvo; no me había parecido tan grave.

¡Qué valiente fuiste, cabo Aleixo, la Legión te recuerda con orgullo!

Aquel combate nos demostró lo bien que piensa y discurre la gente joven en la lucha.

El Teniente Pagés tuvo bastante habilidad en dirigir la operación. Táctica, serenidad, valor, entusiasmo y un gran desprecio a la vida fueron sus cualidades.

¡Así se puede luchar, heroicos infantes del batallón de Esquivias y legionarios mallorquines!

En este hecho se propuso para la Cruz Laureada de San Fernando al brigada de Infantería D. Rafael Barceló. El parte lo mandé en el acto y decía: «El capitán que suscribe, tiene el honor de proponer para la Cruz Laureada de San Fernando al brigada de Infantería D. Rafael Barceló, por su heroico comportamiento en el combaté efectuado en la Torre del Moro etc.... He de hacer constar que dicho brigada durante el tiempo que estuvo bajo mis órdenes demostró siempre valor, serenidad y un alto espíritu que daba sensación de serenidad donde quiera que se hallara. Siempre hostilizándolo al enemigo con las máquinas, e incansable en el servicio. Por consiguiente el que suscribe por los

méritos anteriores, en los que por ser el primero en lanzarse contra el enemigo en dos ocasiones, casi diez veces superior en número, hacerlo o retroceder y echarlo de una posición que por su situación podía ser fatal para la columna. Le incluyo en dichos casos para ser recompensado con la Cruz Laureada de San Fernando.

Torre del Moro, 23 agosto 1936

El Capitán de la Legión,
José Pérez Vengut

*
* *

Los soldados que combatieron con el brigada Sr. Barceló, en la que se portaron heroicamente, fueron los siguientes: sargento, Gabriel Cortés; cabos, Miguel Sastre, Ataulfo del Hoyo, Antonio Carbonell; soldados, Juan Sbert, Pablo Ballester, Pedro Juan, Juan Reus, Casimiro Rosselló, Gamumdí; cabo, Salor; sargento, Beltrán; cabo de ametralladoras, Fornals; soldados, José Servalls y José Valletbó Artés.

*
* *

Más tarde lo recordé. Me libré por un verdadero milagro: Pasé, a unos diez pasos de distancia, del puesto que emboscado ocupaba el enemigo, Ellos debieron de verme, sin duda pensaron que de dispararme hacían acudir a mi gente. Y me dejaron para poder lanzarse de sorpresa sobre la guarnición. Pero ni eso les valió.

Ellos eran, aproximadamente, unos doscientos. Nos doblaban en número. Pero el valor y el patriotismo de hombres como Pagés, Ribas, Soria, Alomar, Garlier, Barceló, Cánaves, Alcina, Prada, Aleixo, Cantallops, Miguel Sastre; sargentos, Gabriel Cortés y José Servalls, etc., hace imposible lo que de otra forma sería un hecho.

De noche montamos un servicio de vigilancia hasta las Cuevas del Drach. Allí, según opinión mía, estuvieron alojados los marxistas un día o dos.

Al día siguiente nos dedicamos a la piadosa tarea de dar sepultura a los cadáveres. Por todas partes se veían manchas de sangre. Por lo visto tenían bien estudiado el terreno, pero les faltó un detalle primordial: el valor.

Los nuestros, como he dejado dicho, actuaron por movimiento envolvente. Es mi táctica favorita y la que da más resultado con esa clase de enemigo. En Africa siempre lo hacia así, no fallándome nunca. Y en este combate, mis oficiales actuaron de la misma manera. Este día 24 transcurrió con bastante fuego de ametralladora del enemigo; se conoce que alguno escapó y contó la tragedia ocurrida.

Por la tarde el brigada Barceló fué relevado con su sección por el alférez Antonio Moragues, marchando a Porto-Cristo donde tomó parte en una operación iniciada en Villa Chile y en la que creo se portó admirablemente.

La noche transcurrió con tranquilidad, sin el menor incidente.

El día 25 marché a Manacor para pedir al Jefe de la columna de operaciones que me enviase un médico para la Legión; allí había muchos y a mi me hacía falta por lo menos uno ya que en los casos de urgencia no era posible servirse del que había en Porto-Cristo. Le hice presente que hasta la fecha cubríamos el servicio con un legionario algo ducho en cuestiones de medicina, por lo que le habíamos nombrado practicante.

Este mismo día, estando en mi puesto de la Torre del Moro, dieron un cañonazo a la casa ya cañoneada anteriormente. El aparato de transmisiones volvió a volar. El telegrafista, Saturnino Sierra, vino hacia mi puesto con una pequeña herida en la frente. Le hicimos beber y entró en reacción. Venía completamente cubierto de polvo. Le pregunté:

—Te ha volado el aparato?

—Sí, señor, pero ya nos vamos acostumbrando.

Por la tarde pasaron los aviones y uno de ellos nos bombardeó. Nos encontrábamos casi todos los oficiales con algunos legionarios y soldados de infantería en el puesto de la ametralladora que, enfilada contra el avión, no dejaba de disparar. De pronto el tableteo cesa y el avión que se da cuenta de nuestra impotencia, desciende y nos ametralla y bombardea desde poca altura. Hubo suerte y todo terminó en unas risas de satisfacción.

Por la noche, ya tarde, llegó un alférez de ingenieros con bastantes soldados, al objeto de hacer algunas fortificaciones. Poco pudieron hacer debido a la consistencia del terreno pedregoso, refractario a palas y picos; levantaron delante del parapeto un terraplén para impedir que las

explosiones de las balas de cañón vieses aumentado su efecto con el de las piedras que, lanzadas, hacían las veces de metralla. También reforzaron la defensa con algunas alambradas. Los ingenieros se marcharon al amanecer, pues el enemigo empezó a darse cuenta de su presencia y movimiento.

La Torre del Moro, posición africana

Solamente la férrea y tradicional disciplina, centuplicada por el magnífico espíritu de que estaba animado aquel puñado de hombres, hacían posible la permanencia en el indefenso reducto. Allí se vivía la vida del legionario con todos sus sufrimientos y crudezas y se cumplía el precepto que dice: «no se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño; hará todos los trabajos, cavará, arrastrará cañones, carros, estará destacado, hará convoyes, trabajará en lo que le manden».

A veces el fuego del enemigo dificultaba el paso de un convoy, pero por nutrido que dicho fuego fuese, nunca dejaban de realizarse. Esta dificultad, me recordaba aquellas posiciones de África en las que un grupo de legionarios, aguantaba el hambre, la sed, la inclemencia del tiempo y los ataques del enemigo, infinitamente superior: MISERELA, KUDIA-TAAR, BLOCAO DE LA MUERTE? SIDI-MUSA.

Estos legionarios de ahora mandados por oficiales que se formaron en la escuela de Franco y Millán Astray, llegaron a hacer suyo el viejo lema «Vencer o morir». Considerando esto muchas veces les he animado diciéndoles: Ahora sois los verdaderos legionarios, como los de Marruecos, dignos de llevar en el pecho el emblema de Millán Astray. Debéis estar orgullosos de ocupar estas posiciones en extrema vanguardia, de este constante trabajo, de este incesante peligro que nos acecha. Y aquellos hombres rudos que habían oído de mis campañas en Marruecos, me escuchaban con respeto y atención, ensanchando el pecho porque descubrían que su corazón era más grande de lo que hasta la fecha habían creído y empezaban a sentir la justicia y el orgullo de que les llamaran Caballeros Legionarios. Estos enamorados de la Muerte ahuyentaban sus penas y tristezas por cualquier medio y lo demostraban entonando constantemente la canción del Legionario.

Las noches transcurrían en silencio, interrumpido por algún disparo suelto del enemigo o por enérgico ¡Quién vive! de algún centinela que vigilaba el descanso de sus compañeros.

Al que le guste contemplar las estampas legionarias ha de ver en la Torre del Moro el exponente de todos los sufrimientos y de las vigili-
gias que hicieron inexpugnable una posición abierta como aquella.



La Legión, después de un combate.



Inscripción en una posición enemiga.



La furia civilizadora de los milicianos marxistas.



Desembarco en Ibiza. La Legión espera órdenes.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO





Porto-Cristo. Entrala al puerto, desde Casa Servera.



Avance por las calles de Ibiza.





La Legión manifiesta en todo momento su cualidad primordial: La hermandad.



La Legión en Porto-Cristo.



1875

En las Cuevas del Drach

El día 26 trasladé mi puesto de mando a las Cuevas del Drach ya que allí estaba el grueso de la fuerza y no había razón para tener tantos hombres en la Torre del Moro sino avanzadilla, en la que dejé a un oficial con 20 legionarios y un puesto de infantería con una ametralladora.

El resto del destacamento se estableció en las Cuevas; el telegrafista ya no volvió a ver el aparato de transmisiones por las nubes.

Establecí un puesto con seis soldados de infantería entre las Cuevas y la Torre del Moro. Este puesto servía de enlace y ocupaba una buena posición. Las matas que lo rodeaban lo hacían casi invisible y aun a nosotros nos costaba trabajo divisarlo.

Un día se nos presentó un marxista, desnudo y muerto de hambre. Dijo que se había escapado de los suyos para no luchar y que se entregaba a nosotros. Le dimos de comer y beber, reanimándose en seguida. Me hizo varias confidencias y me confesó que era de los que habían tomado parte en el ataque de la Torre del Moro. De los 150 que lo intentaron sólo unos cuarenta quedaron vivos, y cayeron prisioneros días más tarde. El que se presentó le llevamos al Comandante Esquivias. Cuando llegamos con él a Porto-Cristo, los soldados de infantería hicieron además de disparar contra nosotros, pero pronto nos reconocieron y fuimos acogidos con la natural alegría. Son de temer estos muchachos jóvenes, que ponen el alma y la vida en las más pequeñas tareas de la guerra. El prisionero fué presentado al Comandante; de las conversaciones sostenidas apenas me enteré; me lo entregó y los legionarios se encargaron de cumplir la orden.

Ya alojados en las Cuevas, mis legionarios quedaron más descansados y los de infantería contentos de que no se estableciese diferencia alguna entre los distintos cuerpos.

La Legión hacía rancho para todos. El Sargento Gelabert que se encargó de procurar que a nadie faltase nada, en cuanto oía «fregao» hacia la Torre del Moro, acudía como el primero, olvidándose momentáneamente de que aquellos soldados tenían tanto estómago como corazón.

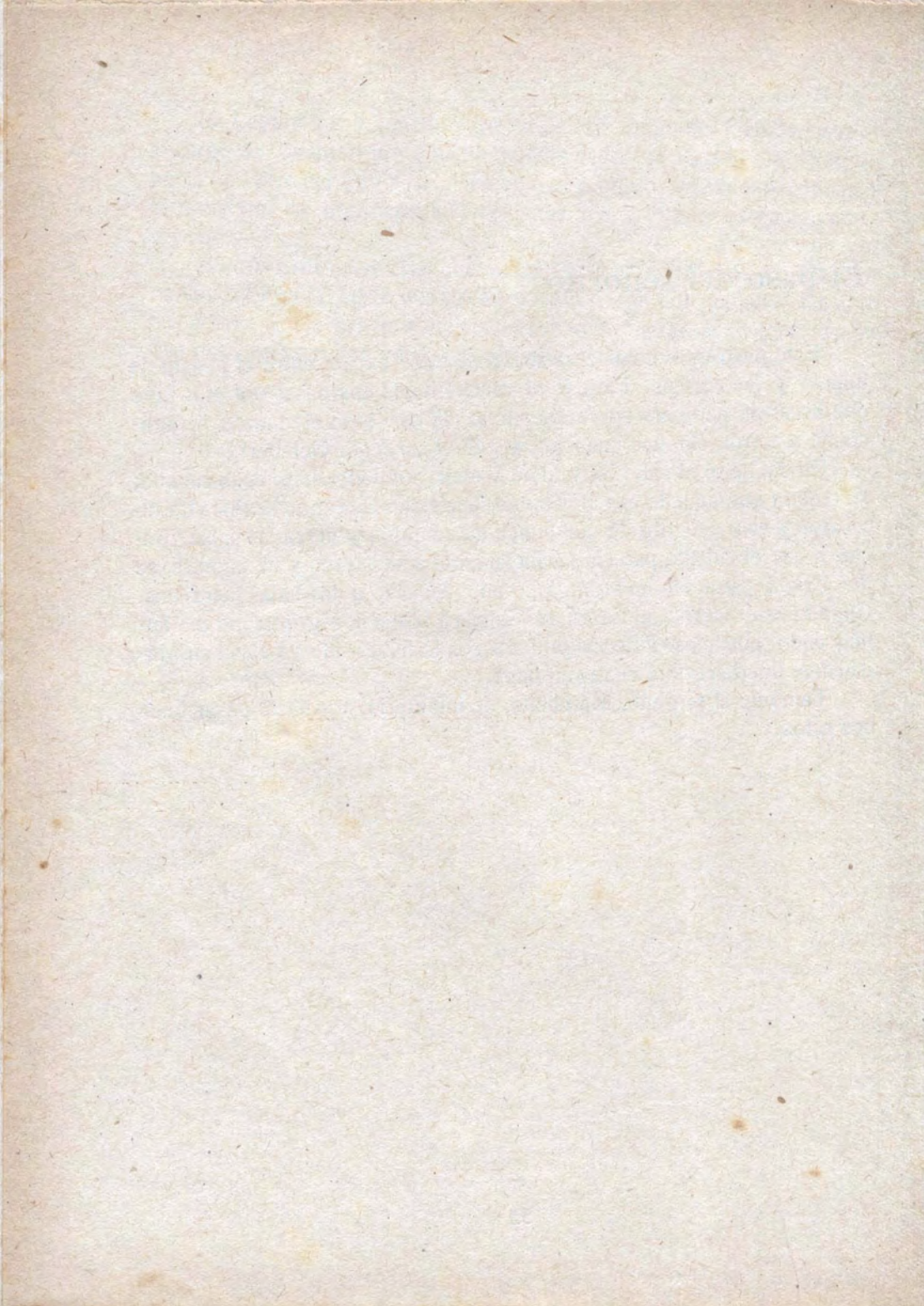
Aparte esto no se crea que en las Cuevas gozábamos de más tranquilidad. Si en la Torre nos tiraba el cañón, aquí nos enfilaban las ametralladoras y no era posible asomarse a la puerta de la posición sin que nos enviasen una ráfaga especialmente dedicada.

El paso del señorito

Este paso es el camino descubierto que existe entre el puesto de mando y las cocinas. Para ir al rancho había que pasar por allí; tuve que hacer un parapeto en varios sitios; allí casi todo el mundo se agachaba o corría, algunos nadaban, según el sargento Gelabert.

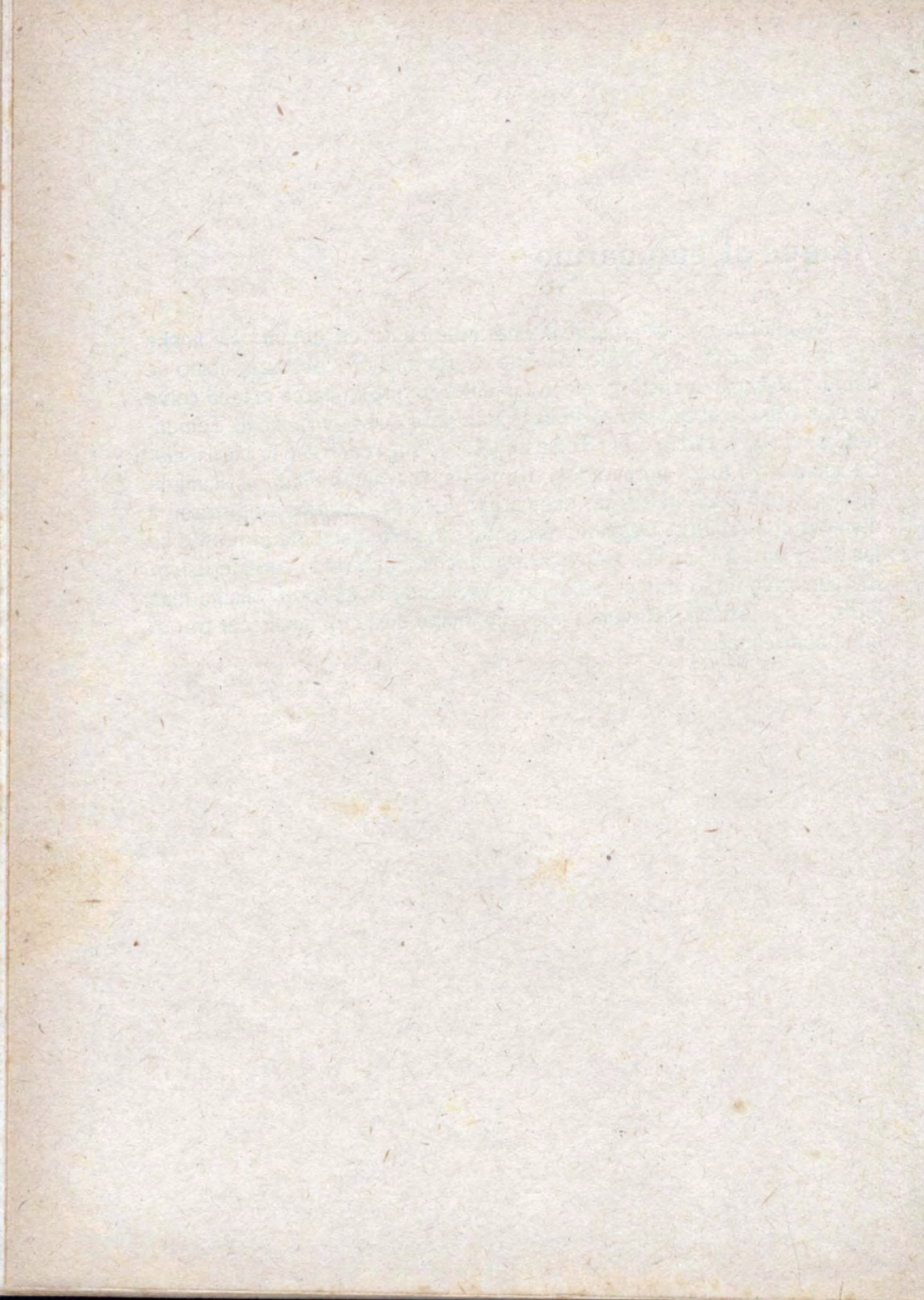
Un día llegó el cabo Bartolomé Vadell, montado en un buen caballo; se creería que aquello era un camino perfectamente practicable. Le divisaron y estoy seguro de que nunca ha sentido tan cerca las balas. Gracias a que el caballo parecía perfectamente amaestrado y el hombre se dió buena prisa en imitarle, logrando escapar a las balas marxistas. Cuando esto ocurría, al Sargento Gelabert le oíamos gritar: no me habéis dado, abisinios. Este magnífico soldado había sido ya clase en Marruecos, donde recibió cuatro heridas.

También el sargento Marchena, de infantería, nos hacía pasar buenos ratos.



Ataque al submarino

Una noche observo que había bastante humo en el mar. La noche era clara, divisándose perfectamente cierta mancha oscura, como de humo. Fui hacia la costa y, efectivamente, vi que un barco estaba cerca de ella. Mandé al ordenanza Mateo Juan para que advirtiese al Teniente Carlier, de servicio en la Torre del Moro, que redoblase la vigilancia. Estábamos ya todos preparados, dispuestas las ametralladoras, cuando apareció a 15 ó 20 metros un submarino. Los legionarios empezaron a disparar con rapidez. Desde mi posición oía perfectamente el rebote de las balas en las planchas metálicas, produciendo un ruido característico. El submarino huyó, sumergiéndose y volviendo a aparecer mucho más lejos. No obstante estuvimos fusil en mano hasta el amanecer por si intentaba reaparecer.



Mateo Juan y los 45 prisioneros

El día 3 de Septiembre, por la mañana, me dijo el Teniente Pagés:

—Mi Capitán, allí en Porto Cristo hay una bandera catalana la que he visto cambiar de lugar en estos últimos días. Tengo gran interés en ir a por ella.

No me pareció prudente la idea, pues aquella bandera me hacía desconfiar. Así se lo manifesté a mi ordenanza Mateo Juan, el cabo Lorenzo Alcina y el capellán legionario Sr. Vives, que también se presentó voluntario. Les ordené consultar el caso con el Comandante Esquivias.

El Capitán Morey, al oír la proposición, quiso unirse con unos cuantos soldados, partiendo hacia la casa en la que estaba emplazada la bandera separatista. Dicha casa reunía bastantes condiciones defensivas. Por la parte del puerto no se podía entrar porque la fachada estaba batida por las ametralladoras de Casa Servera. Se hizo fuego sobre ella, y desde el interior contestaron con fuego violentísimo. El Capitán Morey, los cabos Mateo Juan y Alcina con el capellán, señor Vives, se dirigieron valientemente hacia la casa, al llegar a la cual, el cabo Juan disparó por una ventanilla todos los cartuchos de su revólver. Cuando, terminados éstos, se asomó a la ventanilla recibió un balazo en la cabeza que le ocasionó la muerte instantánea.

A la una de la tarde, hallándonos comiendo, oímos algunos tiros de la parte de la casa. Alguien comentó:

—Deben haber tocado a alguno de los nuestros,

Entró el cabo Alcuna preocupado.

—¿Qué hay?

—Le han herido en la cabeza y está un poco mal.

En seguida me dí cuenta de que le habían matado, aunque seguí comiendo, al objeto de no alarmar a los restantes legionarios.

Era uno de los mejores soldados que he conocido en mi vida militar. Nunca me abandonó y yo estaba verdaderamente encariñado con él.

Cuando momentaneamente mejoraba la situación del frente y se trasladaba a Palma con permiso animaba a los compañeros y al pueblo de Palma cantando jotas airosas y patrióticas. ¡Cuántos le habrán oído!

Más tarde le dije al Teniente Pagés:

Hay que vengar la muerte de este legionario. Vete al Comandante y dile si cree conveniente tomar la casa. Si fuese necesario te mandaré 12 hombres para lo cual me harás señas desde el puerto.

Le envié los legionarios despidiéndolos con unas cuantas frases enérgicas y advirtiéndoles que no volviese ninguno si no lo tomaban. La casa se tomó aunque con lucha violenta. El enemigo opuso una encarnizada resistencia comprendiendo al final que no había más remedio que rendirse.

Además del teniente Pagés tomaron parte el Capitán Morey y el teniente Ayudante del Batallón de Esquivas Sr. Vich al que siempre he conceptuado como uno de los mejores oficiales del arma de infantería. En la operación se recogieron bastantes fusiles, municiones y se capturaron 45 prisioneros en su casi totalidad naturales de Manresa.

Otra lamentable baja fué la del alumno de Infantería Sr. Ribas que cayó gravemente herido durante la operación.

Toma de la Casa Servera

Al día 5, por la mañana, recibí un parte del Comandante en el que me dice:

«Incorpórese a Porto-Cristo al mando de su compañía».

Inmediatamente supuse se trataba de la ansiada operación contra Casa Servera.

Aunque muy satisfecho por tener ocasión de actuar al mando de toda la compañía, no dejó de preocuparme desde el primer momento la forma de realizar el ataque, pues dada la cantidad de hombres que de ordinario guarnecían la citada Casa y el alarde que hacían constantemente de máquinas automáticas, no se me ocultaba la enorme dificultad del asalto, que indudablemente había de ser un asalto legionario, contando, como siempre, con gran número de bajas.

Dada la dificultad de estos movimientos de fuerza, por las malas interpretaciones que suelen dar los soldados a estas órdenes imprevistas, lo realicé con todo lujo de precauciones, cuidando muy especialmente de que no quedara ningún rezagado.

Al llegar a Porto-Cristo tuvimos la sorpresa de encontrar esperándonos el jefe de las columnas de operaciones, Teniente Coronel García Ruiz y el General Rossi.

La presencia del Teniente Coronel García Ruiz jugó un papel decisivo en la marcha de las operaciones.

También el Conde Rossi contribuyó mucho a levantar el ánimo de los muchachos con su trato afable y la simpatía que irradiaba.

El desarrollo de la operación fué el siguiente:

La primera sección, al mando del teniente Carlier, tenía como primer objetivo la ocupación de la casa llamada del regalo, situada en el flanco izquierdo. A continuación y en orden de combate seguía mi Plana Mayor. En ella iba el capellán legionario Sr. Vives, fusil en mano. Más atrás, guardando la distancia reglamentaria, la 2.^a sección, al mando del

Teniente Pagés. Los alumnos Alomar y Soria iban encuadrados en ambas secciones. Falangistas y milicianos, parapetados, formaban líneas de refuerzo, mientras las ametralladoras de infantería hacían fuego sobre los objetivos señalados, protegiéndonos el avance.

La casa del regalo se tomó sin que entraran en combate los legionarios, colocando el banderín del Tercio en su parte más alta para que sirviera de señal. Una vez llegada la segunda sección se reanudó el avance, iniciándolo la primera que sostuvo un ligero tiroteo con algunos enemigos. Los que avanzaban se internaron rápidamente entre las defensas enemigas, hasta llegar a la casa Servera, la que quedó ocupada sin más incidente que la captura de unos cuantos prisioneros.

A continuación, habiendo recibido órdenes para ello, nos dirigimos hacia nuestra primitiva posición.

No es para describir la alegría de los legionarios al volver a ella. Alegría que subió hasta el entusiasmo más frenético al ver a un soldado colocar sobre la Casa Servera una enorme bandera nacional.

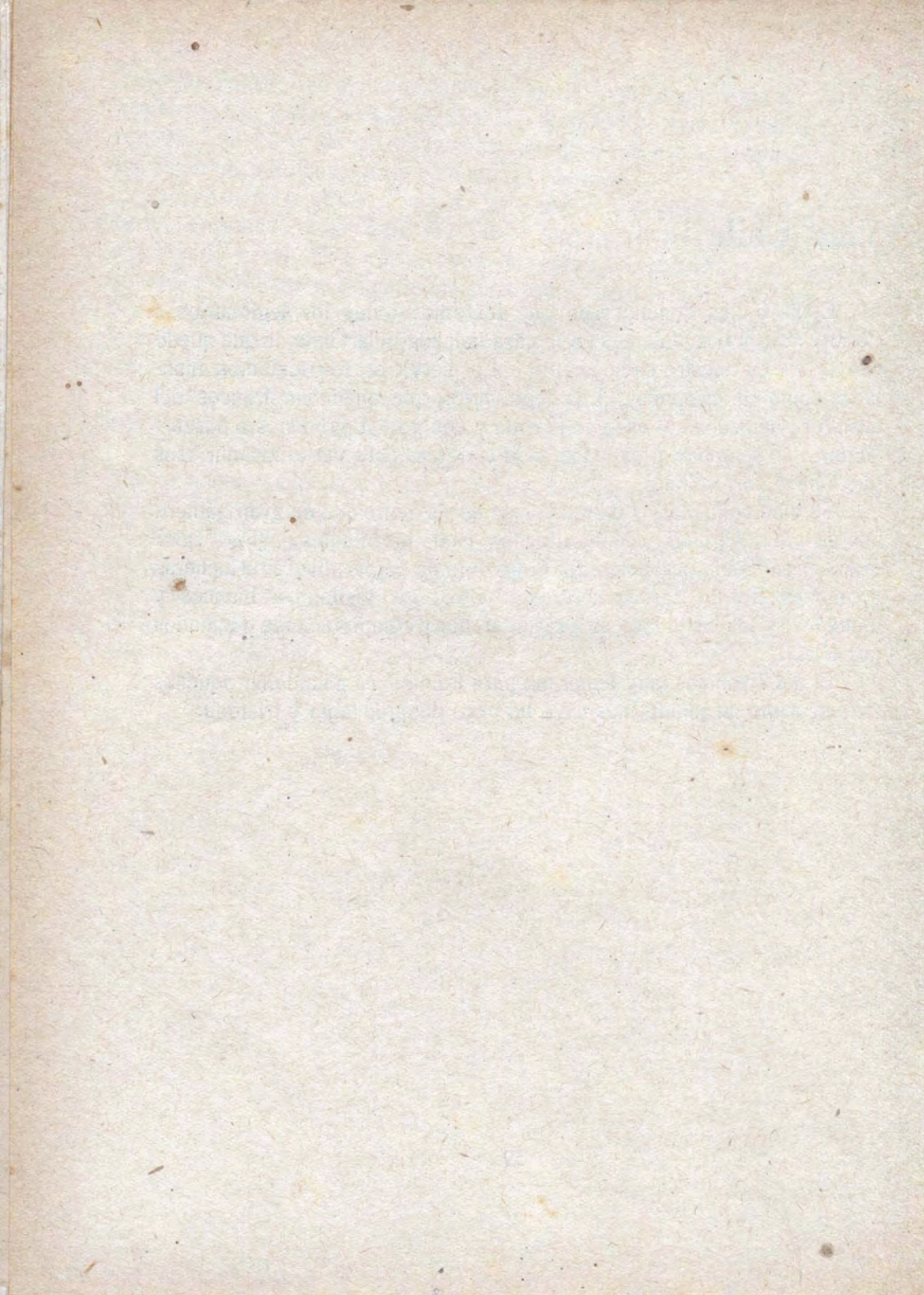
En la posición encontré al alférez Moragues bastante excitado, pues durante el desarrollo de la operación había divisado un hombre que, completamente solo, se dirigía hacia la Casa Servera. Reconocieron en él al Conde Rossi precisamente cuando iban a dispararle con las ametralladoras enfiladas hacia la casa Maldita

Villa Chile

El día 6 nos comunicaron que fuéramos todos los legionarios a Porto-Cristo y nos alojamos en la casa llamada Villa Chile, la que quedó convertida en nuestro campamento. Los servicios los teníamos montados como en campaña. Los legionarios que quedaban francos del mismo se dedicaban al aseo de la ropa y equipo. Los menos a pasear. Algunos se sentaban a los lados de la carretera para ver a los curiosos que iban a Porto-Cristo.

Se oían comentarios de toda clase de la gente que en gran número nos visitaba. Algunos venían armados hasta los dientes. ¿Para qué? el enemigo había desaparecido. Gran lujo de fotografías en trincheras y cañones. Era un curioso contraste: ellos, los visitantes, blancos y afeitados, y los visitados, sucios, sin afeitar y completamente quemados por el sol.

El día 7 salimos muy temprano para Palma. Al abandonar aquellas tierras, como un saludo, nos cayó un poco de agua lenta y tristonera.

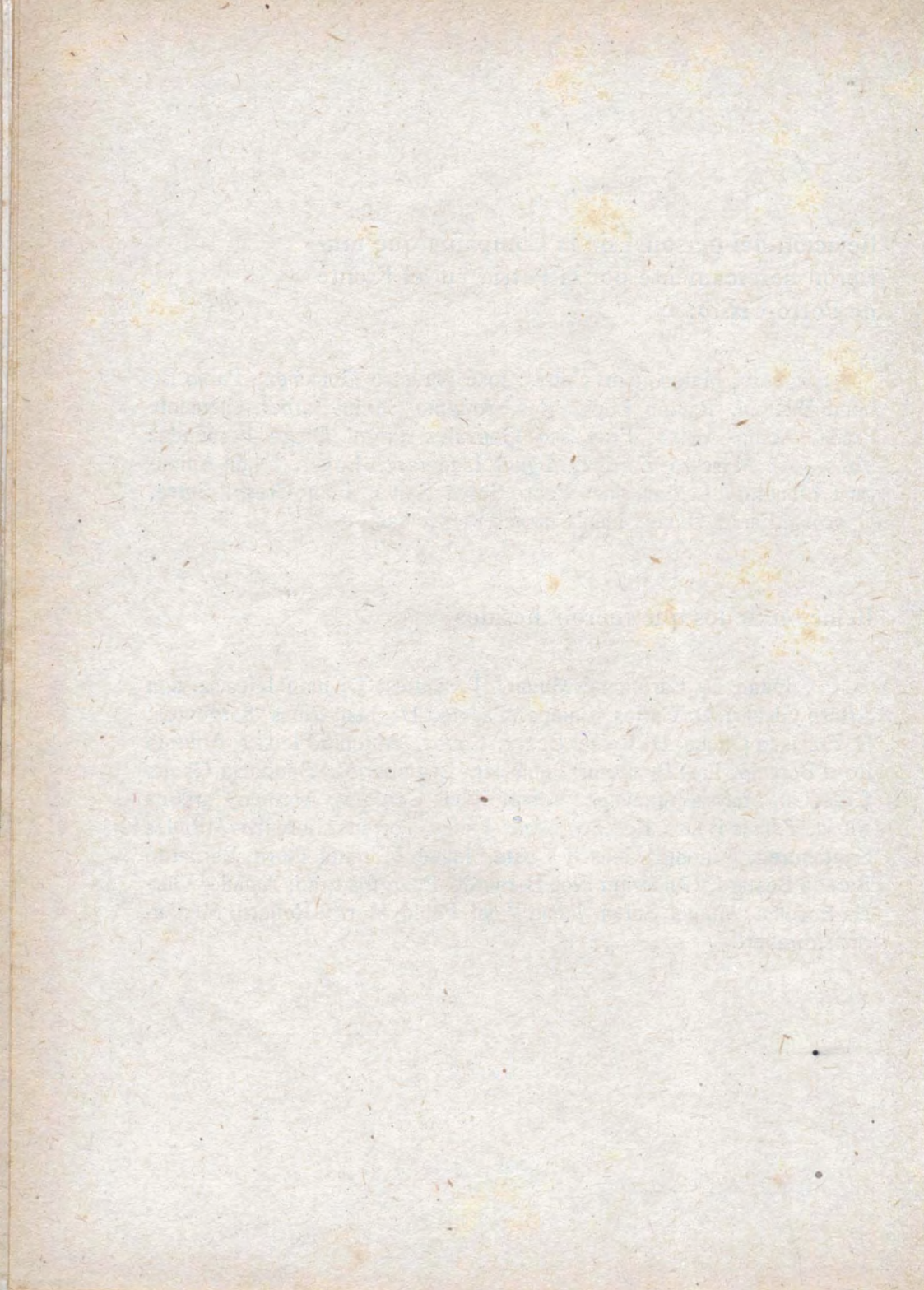


Relación del personal de la Compañía que murieron heroicamente por la Patria en el Frente de Porto-Cristo.

Sargento, Mateo Juan. Cabos: José Navarro González, Pablo Bibiloni Bibiloni, Ramón López Ros, Antonio Serna Barber, Clemente Prada, Abilio Aleixo, Francisco González Trigo. Diego Fernández Valls, José Mascaró Zorrilla, Miguel Llaneras Adrover, Julián Amengual Llaneras. Legionarios: Pedro Salvá Salvá, Juan Crespí Serra, Cristóbal Ferrer Oliver, Juan Cursach Mesquida.

Relación de los que fueron heridos

Capitán, D. Bartolomé Munar. Tenientes: D. Juan Iglesias, don Arturo Gisbert, D. Carlos Camps. Cadete, D. Juan Ribas. Sargentos, D. Francisco Duque, D. Rafael Bover. Cabos, Antonio Fleixas, Antonio Roca Barceló, Juan Bennasar Bennasar. Legionarios: Bonifacio Gaona Cristóbal, Marcos Benejama, Rafael Ribas Cardona, Antonio Cardona Ribas, Tomás Bauzá Roselló, Jaime Vallés Torrens, Lorenzo Miralles Santandreu, Antonio Guasch Costa, Jaime Moranta Florit, Bernardo Sureda Bestard, Guillermo Fiol, Bernardo Puiggrós Frau, Amador García Enseñat, Miguel Salvá, Jaime Vidal, Pablo Morro, Roberto Menéndez Mirabert.

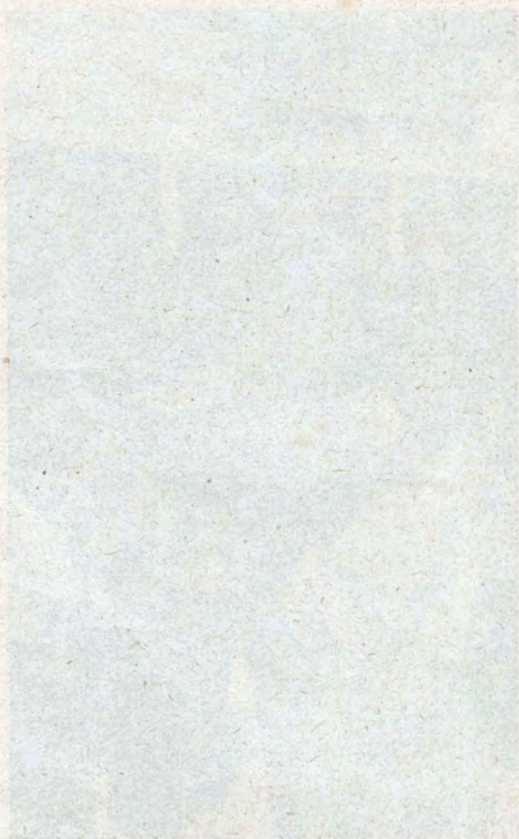


Relación de individuos del Regimiento Infantería n.º 26 que permanecieron en las Cuevas del Drach con el Tercio.

Sargentos, señores Marchena y Cánaves. Cabos: Enrique Planells, Rafael Barro, Damián Carbonell. Soldados: Cosme Escalas, Francisco Grimalt, Juan Garau, Vicente Buades, José Serra, Matias Cerdá, Miguel Servera, Miguel Galmés, Miguel Servera Timonel, Juan Bauzá, Gabriel Crespí, Antonio Serra, Rafael Cardell, Jaime Andreu, Rafael Manresa, Baltasar Serra, Francisco Reinés, Juan García, Lorenzo Más, Jaime Tomás, Sebastián Serra, Juan Galmés, Juan Sancho, Gabriel Miralles, Miguel Solivellas, Antonio Crespí, Juan Martí, Ramón Juan, Gabriel Gomila, Jaime García, Juan Vidal, Miguel Frontera, Jaime Rigo, Ignacio Pereira,



Legionarios y Falange marchan a Ibiza.
Se ve en la foto al jefe provincial Zayas.

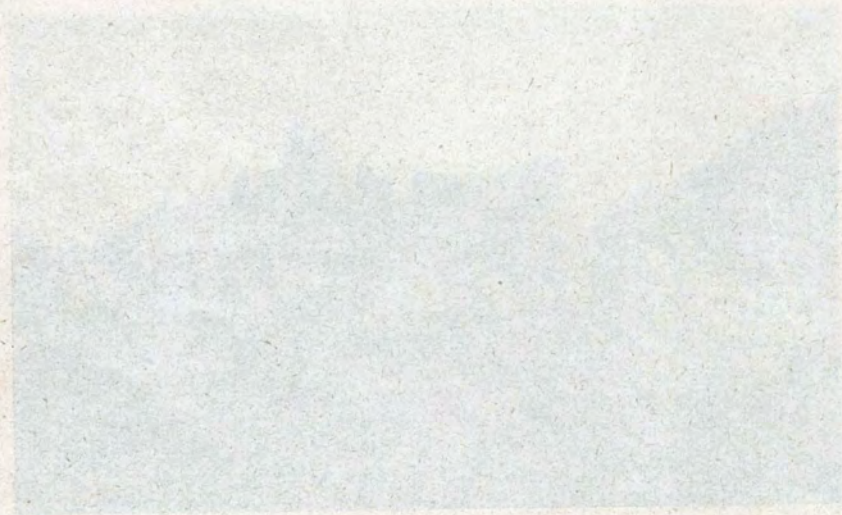




Desfila la Legión.



Un grupo de legionarios en las inmediaciones de la Torre del Moro.





La tragedia de la guerra: Legión, Falange Enfermeras.

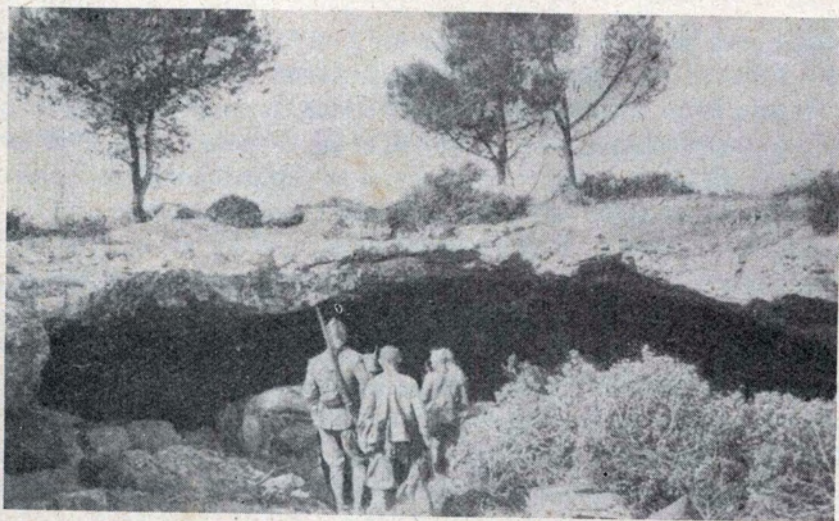


La satisfacción de la lucha y de la victoria.

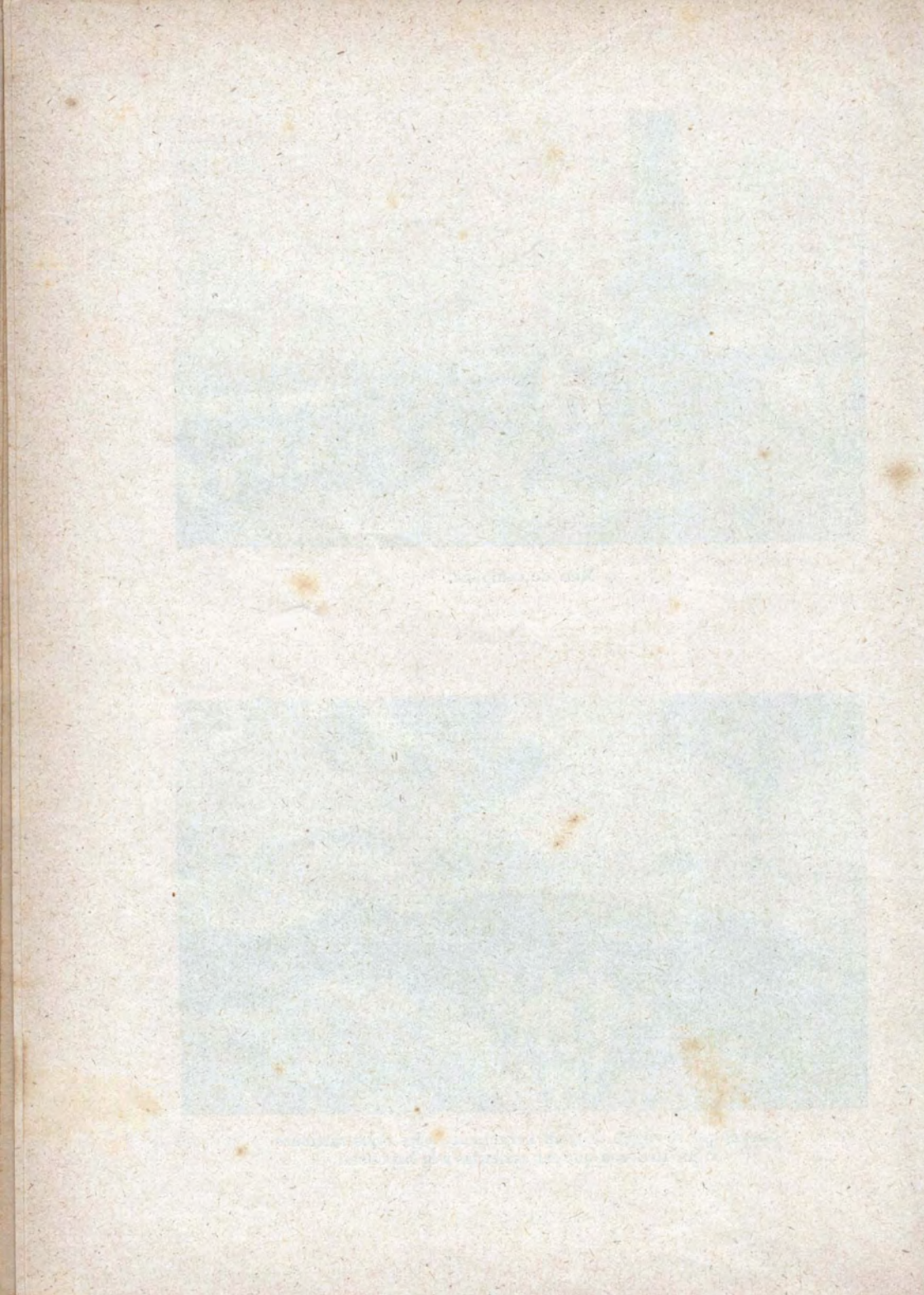




Misa de campaña.



Cuevas que sirvieron de atrincheramiento a los rojos catalanes
y que tuvieron que ser asaltadas a la bayoneta.



La aviación

Magnífico, insuperable era el espíritu de nuestras fuerzas durante el desarrollo de la campaña. No obstante nadie dejaba de reconocer que la aviación enemiga, campando por sus respetos, nos tenía algo atemorizados, pendientes de un enemigo más, lejano, incombustible y que elegía sus víctimas a ciegas. Nadie como el que ha estado durante varias horas soportando las bombas y las ráfagas de metralla de los aviones rojos, puede comprender el entusiasmo delirante de nuestros soldados al contemplar los prodigios de acrobacia que los caballeros del aire, al servicio de España, realizaron desde el primer momento, para poner fuera de combate a aquellos que no pudiendo ser en el aire caballeros se conformaban con ser piratas. Por esto no podemos calificar de torneo cada uno de los combates librados por nuestra aviación y los designaremos más exactamente diciendo que eran simples operaciones de limpieza.

La primera la realizó un caza ágil, nervioso y audaz que, después de abatir un aparato enemigo, inutilizó a los que se hallaban amarrados en Punta Amer. Al delirio de nuestros soldados contemplando la magnífica labor, correspondió la decepción y el desaliento más profundo entre los andrajosos que se arrancaban los piojos al sol de la playa.

Otro espectáculo de formidable emoción fué la lucha entablada entre un trimotor de bombardeo al servicio de España y los buques rojos que habían preferido abandonar el servicio de la gloriosa Marina de Guerra española para convertirse en albergue de las concubinas del capitán Bayo y camaradas mártires.

Bravos aviadores! Ya sé que no es posible rendiros un homenaje tan grande como vuestros méritos reclaman. Pero sé también que Mallorca entera os ha nombrado ya hijos predilectos y tiene el orgullo de haber dado tierra—madre tierra—al mejor de vuestros camaradas.

El legionario Conde de Rossi

Cierto día llegué a Manacor, no recuerdo bien porque motivo, y me encontré al alto mando con su estado mayor y entre ellos un señor que decían que era italiano; yo que tengo la costumbre de meterme en todas partes, a no ser que venga un pelmazo de esos de diplomacia, que nada más que hacen el espantar pájaros; pero aquel día quise conocer al italiano, y el capitán del tercio que luchó en Portó-Cristo, que entonces era algo más porque se lo ganó en esta nueva guerra, fué presentado a dicho señor; me di cuenta que el italiano era diferente en muchos conceptos a otros personajes; en sus actos y conversaciones se demostraba su energía y talento, que causaban admiración a quien escuchaba, y yo, el capitán Pérez Vengut, que no tengo por qué ocultar el desprecio por el cobarde, ni la admiración por el valiente, ni por qué ocultar francamente mis sentimientos; he de decir muy alto, que este hombre enérgico, este superhombre, conductor de masas, dió la sensación de seguridad, de firmeza y carácter en el mando, y yo que soy todo por la guerra y que me eduqué militarmente por ella, y para ella, admiré a este hombre todo valor y energía, y como yo, todos aquellos que en la guerra vieron pasar a este hombre que hasta las balas le respetaban por su heroísmo.

Aquí quiero recordar un caso que me ocurrió en mi vida militar, y esto demuestra la confianza que uno pone en el que manda; hace ya bastante tiempo, el día 24 de noviembre del año 1924, en la retirada de Xauen, la Legión luchó tenazmente y siempre habían hechos de armas en que el espíritu del legionario era único y sin igual y cumplía su deber—obedecer hasta morir—; uno de ellos era proteger en el zoco El Arba a unos legionarios que iban a salvar a otros que se encontraban en una aguada o cercados por el enemigo; la octava compañía de la tercera bandera estaba en su campamento y la más cerca para echarle mano; la mandaba el teniente Enrique Rueda y Pérez de la Raya; el

teniente coronel Franco cogió esta compañía, era una de sus compañías predilectas; yo era el único alférez de la compañía y tuve el honor de que el entonces teniente coronel jefe del Tercio D. Francisco Franco me mandase personalmente; me dijo: vamos con la sección, y desde un sitio bastante cerca del enemigo me dirigió y me dictó lo que tenía que hacer; ya me suponía yo que mal lo iba a pasar, pero si tuviese que morir veinte veces moriría, contento por haber sido mandado por Franco; cumplí lo ordenado; me lancé con mi sección cuesta abajo y ocupé una trinchera; éramos veinte y cuatro y solamente quedamos dos ilesos; cumplimos nuestro deber—obedecer hasta morir—.

En la toma de la casa Servera marchaba mi compañía de legionarios con el mismo entusiasmo, allí estaba el legionario Conde de Rossi, la muerte nos nos importaba nada ¿por qué? porque teníamos confianza, porque íbamos conducidos por este hombre.

Mallorca te debía levantar en tu honor y memoria un monumento, pero de oro, para que los rayos solares al ser reflejados por este oro, irradien en todas direcciones y lleven el calor a aquellos cuerpos que fríos e insensibles a la lucha miraban a ésta como cosa diferente a su vida y a su patria, y entrando en reacción vuelvan la vista y con un poco de dignidad digan: ¡yo también puedo y quiero luchar por la Patria!

¡Conde de Rossi, legionario por méritos propios! tuvisteis la confianza de estos guerreros y ellos reponiendo a tu llamada, cumplieron su sagrado credo—obedecer hasta morir—.

Desembarco en Ibiza

El día 19, por la tarde, se corrió el rumor de que íbamos a hacer un desembarco en Ibiza. No se trataba de un rumor. Era cierto.

A las siete de la tarde comenzamos a hacer los preparativos de la marcha, repartiendo algunos fusiles al personal recientemente incorporado, y unas cuantas granadas de mano.

A las nueve de la noche salimos hacia el puerto. El silencio reinaba en la tropa. Las dos compañías marchaban al mando del Comandante Sr. Montis.

La despedida estuvo algo deslucida a causa de la lluvia.

La primera compañía iba bajo mi mando, con los tenientes Carlier e Issasa, llevando agregado al alumno de infantería López de Soria. La segunda la mandaba el capitán señor Casas; como tenientes los de caballería Grasa y Pagés, con el alumno señor Alomar.

Las fuerzas al mando del comandante Montis llevaban como ayudante al alférez Iglesias.

Además de la Legión embarcaron varias centurias de Falange, con secciones de ametrelladoras, también de Falange.

Se agregaron, en pequeño número, fuerzas de intendencia y otros cuerpos.

Al mando de las fuerzas de Falange iban el jefe territorial de Baleares, Alfonso Zayas y el Conde de Rossi, quien actuaba de animador durante el viaje y nos hizo pasar la travesía en forma amena e interesante.

El comandante Montis nos dió unas explicaciones sobre el plan a seguir en la operación de desembarque.

En vanguardia una compañía del tercio, apoyada en un flanco por la otra, y auxiliada por un movimiento envolvente de las centurias de Falange, habrían de coincidir sobre el mismo objetivo: el Castillo.

Desembarcamos. Uno de los primeros en pisar tierra fué el Conde de Rossi.

No apareció el enemigo. Se ocupó el pueblo sin novedad. Llegamos al castillo e hizamos la bandera nacional sobre el torreón. Quedaron en él las compañías de la Legión y las ametralladoras de Falange. El resto de las fuerzas falangistas se dedicaron, durante el día, a la ocupación de la isla.

Al aparecer los camisas azules en los pueblecitos pudieron advertir el estado de total decaimiento que afectaba a los habitantes. Tan desconcertados estaban que al aparecer los muchachos de la Falange con briosos gritos de ¡Arriba España! les contestaban con el puño en alto y una expresión de absoluta imbecilidad. Comprendiendo la anomalía del estado en que se hallaban, los falangistas procuraron tranquilizarlos y hacerles ver el cambio de situación tan deseado como beneficioso.

Permanecimos en Ibiza de guarnición hasta el 25 de octubre, fecha que regresamos a Palma.

A Ibiza fueron los siguientes oficiales y legionarios:

Capitán, Pérez Vengut; tenientes, Sres. Carlier e Issasa; alférez, alumno López de Soria; enfermeras, doña Antonia Company de Pérez Vengut y srta. Antonia Más Lladó; brigadas, sres. Maldonado y Alcina; sargentos, Antonio Fleixas, Miguel Serra, Pedro Mezquida, José Natividad; cabos, Bartolomé Vadell, Antonio Puigcercós, Sebastián Serra, José La Sala, Jaime Alemañy, Melchor Beltrán, Bartolomé Roselló, Jaime Vallés, Antonio Roca, Patricio Serra, Pedro Rabasa, José Cirer, Pedro Bergas, Ramón Reus, Francisco Ramos, Fernando Navarro, Pedro Moya; legionarios, Antonio Pallicer, Antonio Verdera, Jaime Poquet; cabo, Juan Seguí; Fermin Bautista, Miguel Fuster, Miguel Martí, Arnaldo Roselló, Jaime Aloy, Antonio Gomila, Juan Florit, Isidro Sastre, Juan Tomás, Antonio Canals, José Tercero, Antonio Guasch, Antonio Garau, Antonio Cardona, Jaime Moranta; sargento, José Gelabert; médico, sr. Heredia; legionarios, Antonio Garcia, Antonio Riera, Pascual Marasco, Juan Ferrer, Mauricio Puigcercós, Sebastián Fontirroch, Rafael Ribas, Miguel Salom, Benigno Vidal, Felio Serra, Bartolomé Campins, Matias Sans, Miguel Estelrich, Damián Arbona, José Reinés, Miguel Vila, Alberto Fuster, Esteban Martí, Jacinto Piña, Ramón Meis, Rafael Amengual, Celestino Garcia, Alejandro Camara, Joaquin Camps, Lorenzo Miralles, Bernardino Campomar, Norberto Regadera, Mateo Dalmau, Jorge Cabeza, Juan Garcia, Francisco Peñalver, Jaime Darnius, Damián Ramis, Ramón Montojo, Antonio Estebe, José Belenguer, José Costa, Bernardo Oliver, Amador Enseñat, Pablo Garcia, José Guillem, Bernardino Sabater, Salvador Roig, Bernardo Puiggrós, Sebastián Carrillo, Rafael Simó, Francisco Pascual, Ramón Gaya, Benito Rico, Bartolomé Cabot, Juan Ferrer Ribas, Miguel Salvá, Luis Soler, Bartolomé Lladó, Gabriel Juan, Lorenzo Pons, Jaime Nadal, Vicente Morla, Juan

Cladera, Antonio Company, Antonio Ribas, Octavio Benavides, Bartolomé Cantallops, José Lorda, Bonifacio Gaona, Guillermo Fiol, Bernardo Sureda, Jaime Aguiló, Jaime Cantarellas, Enrique Morera, Jaime Gomila, Juan Mayol, Juan Martí, Bartolomé Clapés; cabo, Francisco Capó, y médico legionario, Andrés Galmés Gomila.

De la segunda compañía quedaron agregados los siguientes:

Teniente, señor Grasa; sargentos, Ramón Gayá, Gabriel Frontera; cabos, Luis Mendia, Miguel Taberner, Telesforo Larrea, Guillermo Font legionarios, Francisco Colom, Juan Roger, Miguel Roselló, Antonio Gelabert, Antonio Coll; cabo, Enrique Garcia; legionarios, Lorenzo Solivellas, Juan Alzamora; cabo, Jaime Ginard; legionarios, Jorge Cladera, Domingo Castelló, Antonio Ripoll, Bartolomé Sureda, Antonio Vilarroya, Miguel Granados, José Alomar, Pedro Juan, Antonio Tur, José Palmer, Antonio Jaume, Bartolomé Pons, José Ramón, Andrés Martorell, Juan Reús, Juan Catalá, Francisco Lloberas, Jaime Planas, Juan Molinet, Pedro Ramis y Rafael Vila.

Manacor

Sagunto, Numancia, Zaragoza, Oviedo, el Alcázar. Nombres de poblaciones de la España heroica en labios de todos.

Sin tanto renombre, sin que la trompeta de la fama haya pregonado tus méritos en los ámbitos de la Patria yo, un combatiente de los días negros afirmo y juro que eres digna de tanta fama, de tanta gloria, de tanto renombre y de tanta admiración como aquellas otras ciudades, flores de martirio de la madre España.

Por haberte elegido las hordas marxistas como prenda valiosísima y fácil a sus ansias de rapiña, tus hijos fueron los primeros en traspasar los umbrales de la gloria, derramando su sangre en los campos de la Patria.

Y tú, pueblo que sufriste las consecuencias de la guerra en todos conceptos, que fuiste mártir, que fuiste humano, que fuiste heroico, que fuiste la salvación de Mallorca, debes poner en tu entrada un gran cartel que diga:

«Camarada: Al paso por este pueblo hallarás pobreza; la pobreza de unos grandes corazones que lo dieron todo por la Patria. ¡Arriba España!

La mujer en el frente

En la Legión actuaron desde el principio de las operaciones, voluntariamente, dos enfermeras: D.^a Antonia Compañy de Pérez Vengut y la Srta. Antonia Mas Lladó; estas enfermeras podían haber estado en los hospitales o puestos de socorro, bastante lejos de la línea de fuego, pero no, su amor a la Patria y el sentimiento del deber les llevaba a lugares donde el peligro era constante, siendo las únicas que vivieron la vida de campaña.

Terminadas las operaciones de Mallorca embarcaron para Ibiza con las fuerzas de la Legión. ¿Sabían a qué iban y qué era lo que podía ocurrirles? No obstante fueron a cumplir su misión sagrada. ¡Noble y hermoso rasgo patriótico!

Alocución a la Compañía

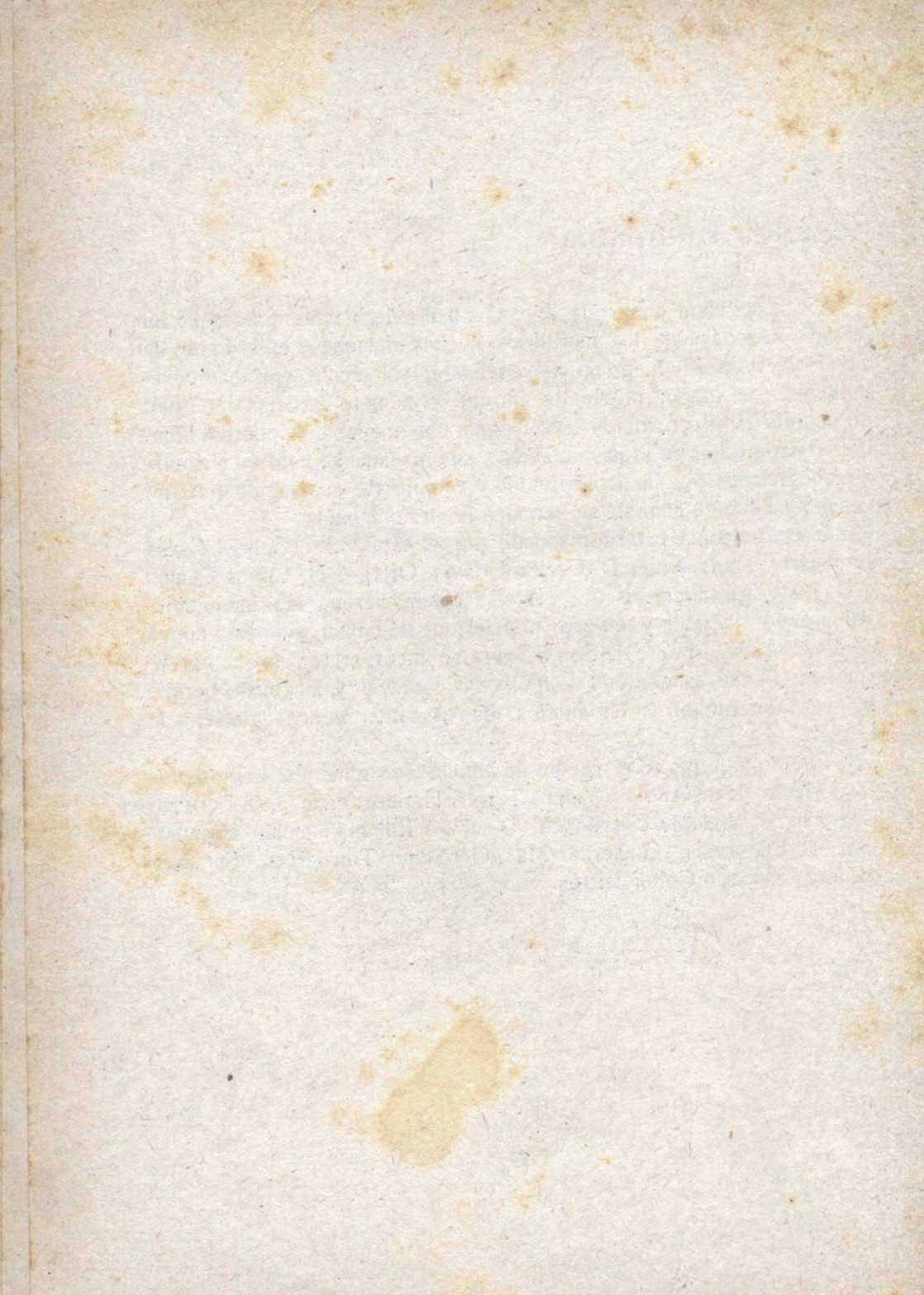
Legionarios de la 1.^a Compañía: Hemos terminado nuestra campaña en Mallorca, en la que vuestro valor y patriotismo causó admiración a vuestros hermanos mallorquines y terror a las hordas marxistas que se atrevieron mancillar estas tierras de paz. Vosotros que habéis sido pacíficos en vuestro carácter, moldeado por el trabajo, por el comercio, por la industria, siempre habéis odiado la guerra en lo que tiene de desencadenamiento de malos instintos y expresión de brutalidad. Pero bastó que alguien intentase arrebataros este pedazo de tierra que celosos cultiváis para admiración de propios y extraños, para que todos os unierais, formando un pueblo guerrero unido en la lucha contra el invasor. Habéis recordado aquellos guerreros a la antigüedad, los célebres honderos mallorquines, inmortales soldados, reliquia gloriosa de la raza española. A vosotros que en la lucha gritábais ¡Arriba España! ¡Viva la Legión! y al regar con vuestra sangre la tierra bendita de Mallorca yo os saludo, legionarios, y con el gorro en alto como en Porto-Cristo, en Torre del Moro, en Casa Servera, en el Castillo de Ibiza, grito con toda la fuerza de mis pulmones ¡Arriba España! ¡Viva Franco! ¡Viva la Legión!

Segunda Compañía

De la segunda compañía apenas puedo decir nada, porque no fui testigo presencial de los meritorios hechos efectuados en el frente de Son Servera; desde luego se que actuó admirablemente, entrando constantemente en fuego; prueba de ello fué el número de bajas que tuvo, no obstante estar constituida la compañía con menos de cincuenta hombres. Hizo hechos de armas notables y su presencia se notó en el frente de operaciones por la acometividad y empuje de sus legionarios, no desmereciendo en nada de su hermana la otra compañía.

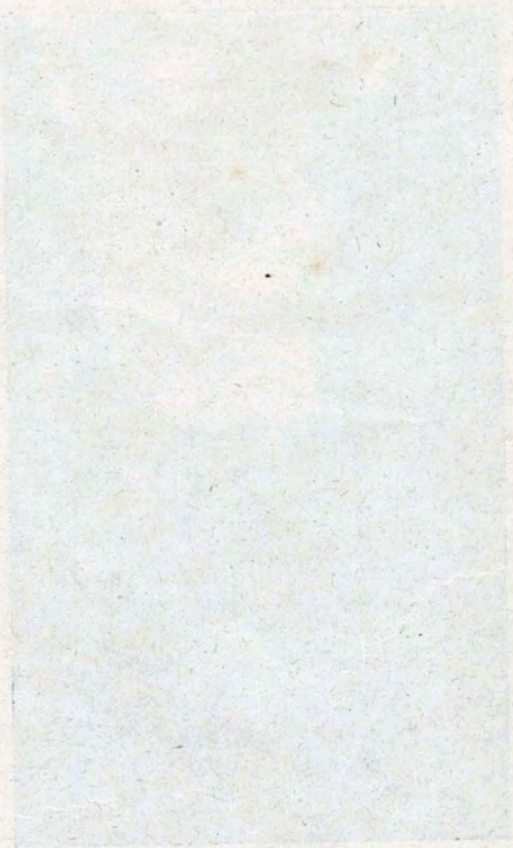
Esta compañía estaba mandada por el capitán D. Gabriel Casas Llompart y los tenientes D. Cecilio Urbano Ortega, D. Carlos Camps y D. Juan Yglesias; estos dos oficiales pertenecieron a la primera compañía, fueron heridos y teniendo noticias que de Palma salía esta nueva compañía para el frente de Son Servera se incorporaron; se incorporaron con el entusiasmo digno de toda consideración y alabanza, porque allí en el frente otros legionarios iban a cantar nuevas glorias a la Legión.

Fueron muertos en el campo de batalla los siguientes: Legionarios José Mestre Juan, Antonio Valens Tarrer. Heridos: cabo, José Forteza. Legionarios, Antonio Fernández, Domingo Rullán, Damián Enseñat, Gabriel Supervilla, Guillermo Más, Gerónimo Torregrosa, Santiago Muñiz, Francisco Colón Tarrés.





Esto nos trajo a Mallorca la canalla catalana.



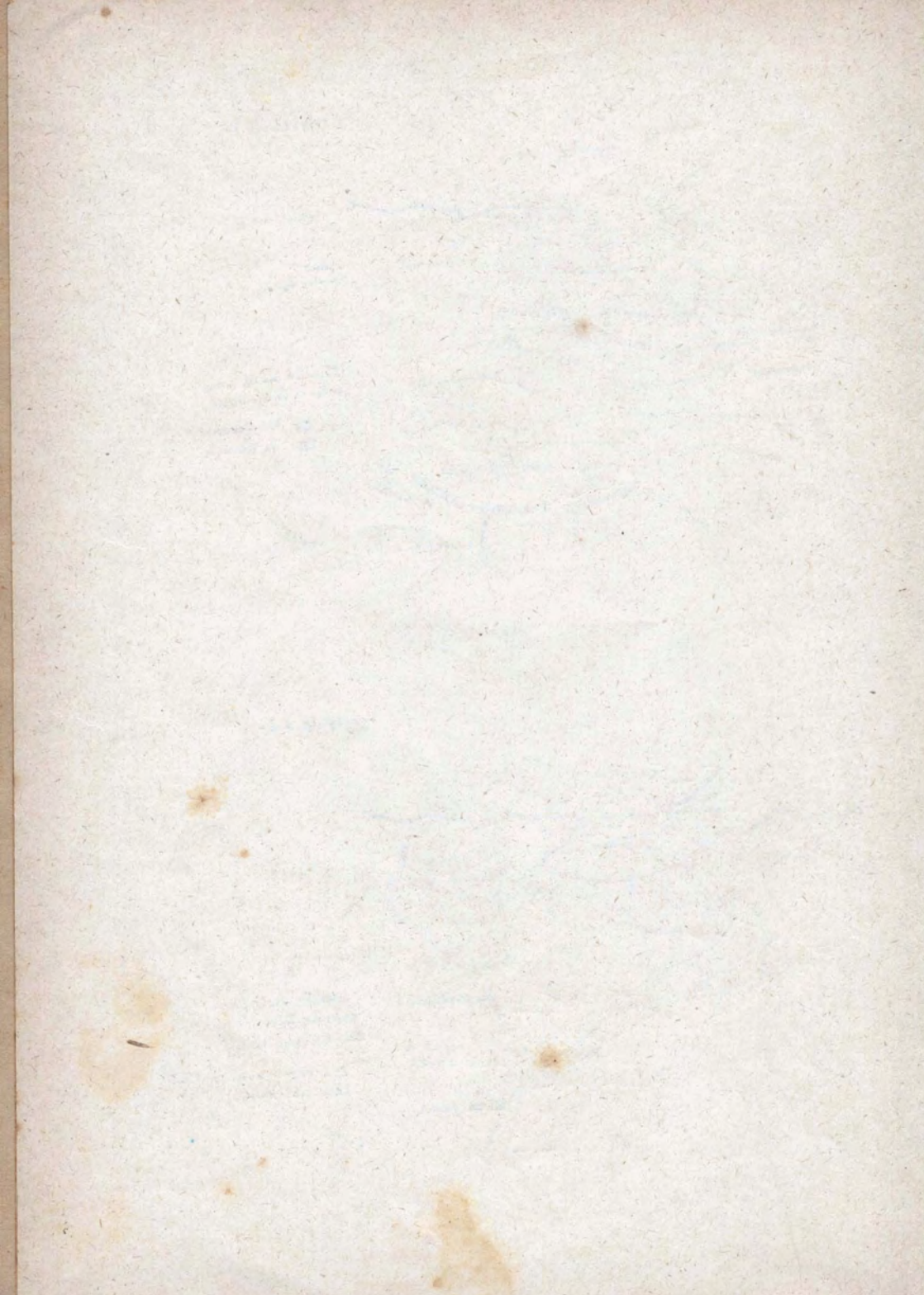
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

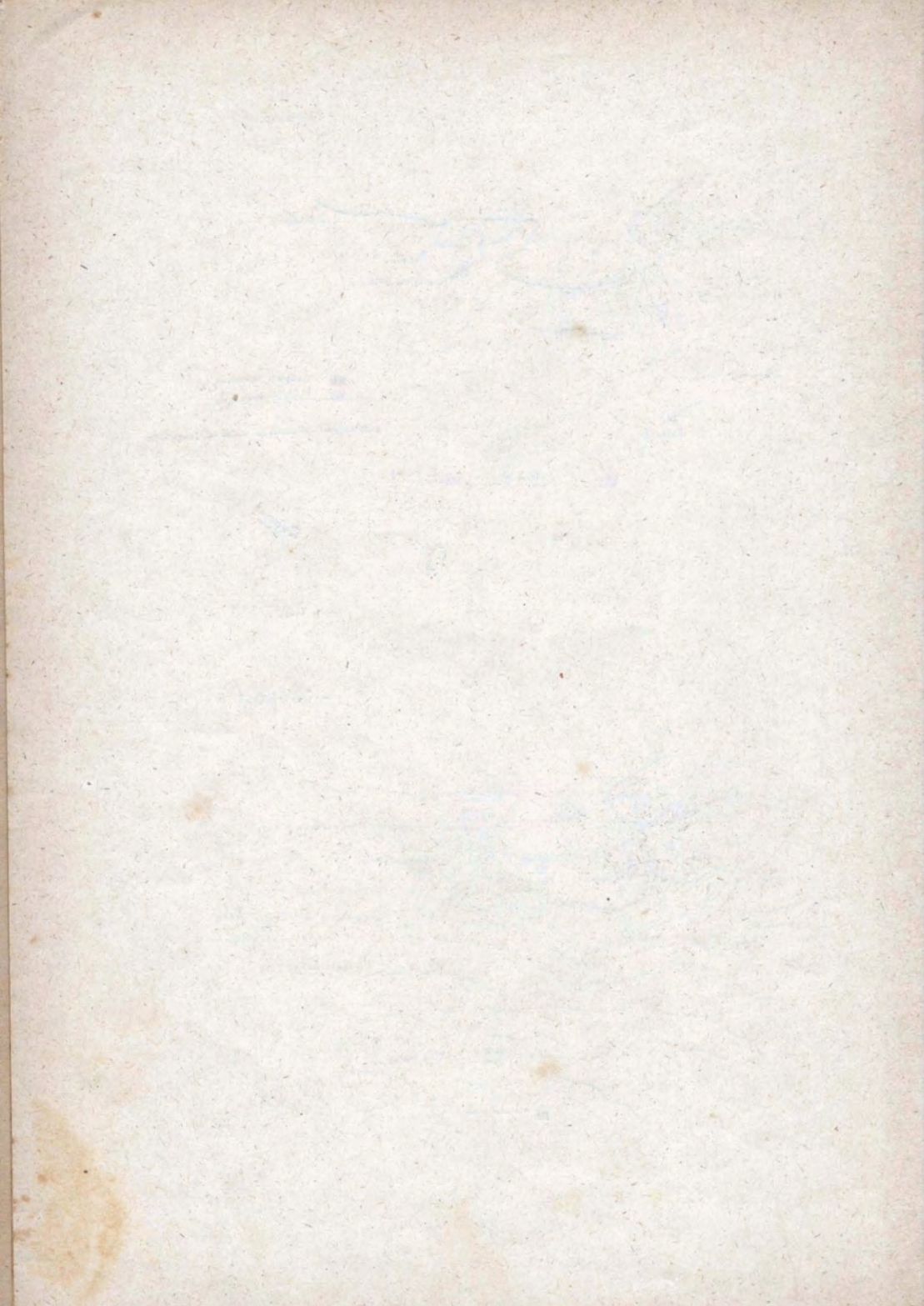
- Croquis N.º 1 -



- Croquis N.º 2 -





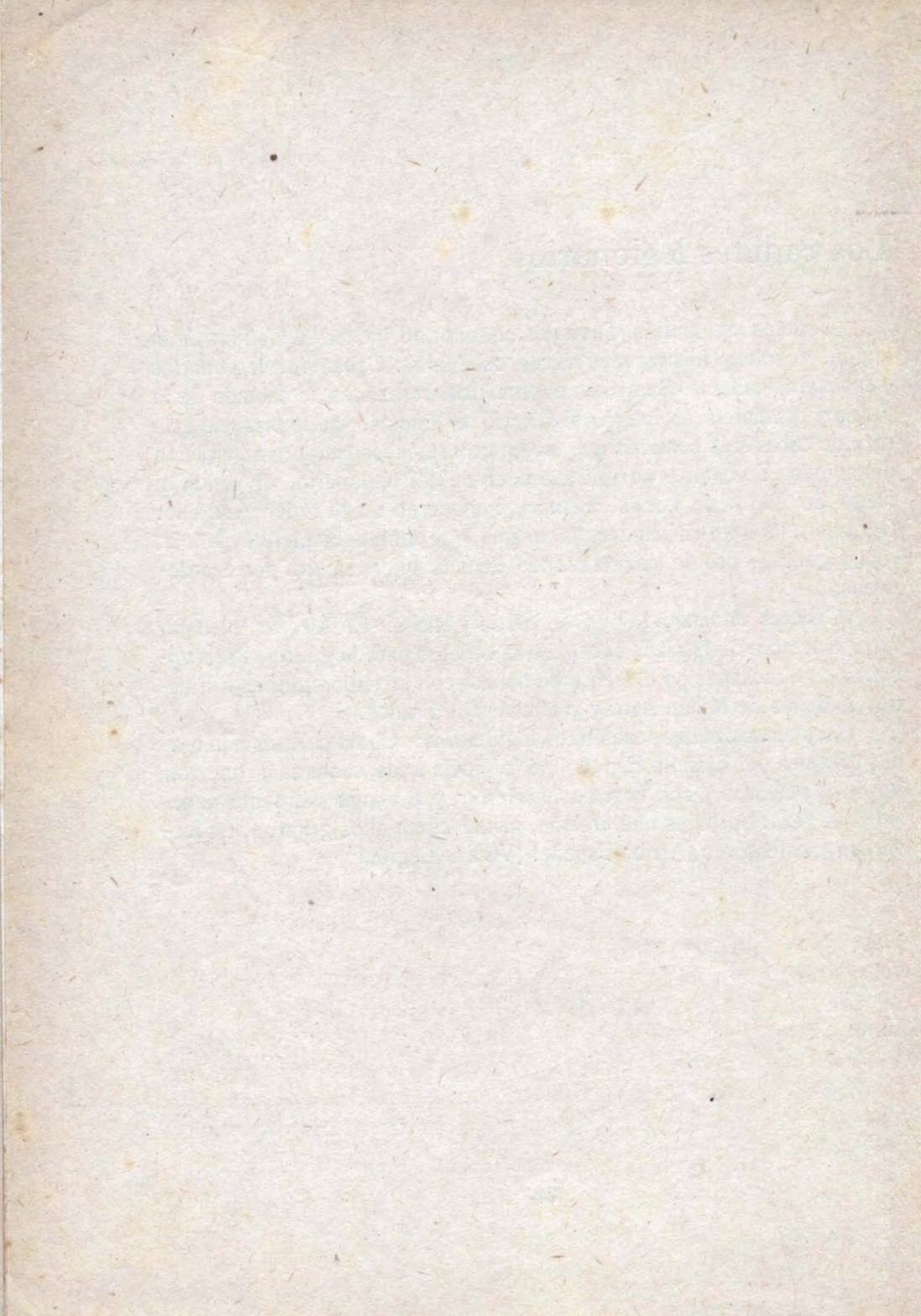


Los cadetes legionarios

¡Cadetes legionarios! Tuvisteis el honor de luchar en las filas de la legión. Vosotros fuisteis dos veces caballeros: Caballeros legionarios y caballeros cadetes. Sentisteis en vuestros corazones la llamada de la Patria y acudisteis al fuego, siguiendo el impulso de la raza, de esta raza de caballeros heroicos que levantaron sus espadas para admiración del mundo. Y vosotros cumplisteis el credo del legionario, de acudir al fuego de día y de noche, siempre, aunque no tenga orden para ello. Derramásteis vuestra sangre, la misma que tiñe la bandera española, roja y gualda—oro de los corazones de sus hijos, sangre por ella derramada—.

¡Cadetes Alomar, López de Soria y Ribas! El Alcázar toledano forjó el temple de la raza, educó otros cadetes para la guerra. Pero vosotros os educásteis en el frente de batalla con la legión gloriosa. Fuisteis soldados de Millán Astray y oficiales de Franco.

Caballeros cadetes, caballeros legionarios: Cuando seais nombrados oficiales del Ejército Español no olvidéis a los camaradas que con vosotros pelearon y con vosotros murieron, y si alguna vez sentís necesidad de rezar por ellos una oración, gritad como ellos gritaron, un fervoroso y estentóreo ¡Arriba España! ¡Viva la Legión!



A Falange

Yo fui el primer capitán falangista de Mallorca que ostentaba el emblema de Falange sobre mi pecho, en la época que éramos perseguidos, que éramos echados de todas partes, y yo tuve que aguantar las críticas de muchos que se reían del fascismo y que ahora son fascistas; que me tomaban por peligroso, porque lo fui demasiado, porque soñaba con esta España que ahora vuelve a nacer; yo quiero cantar las glorias de la Falange española de Baleares.

Quien hubiese seguido el curso de las actuaciones de Falange en Mallorca escribiría un libro de aventuras extraordinarias, con algo de leyenda y mucho de poesía.

¿Quién no recuerda, camaradas falangistas, cuando nuestro Jefe, con otros muchos de vosotros estaba en la cárcel de Palma en medio del desarrollo de los acontecimientos, las vicisitudes de los que estaban fuera, trabajando unos en el silencio, otros en el contrabando y otros formando planes y dictando disposiciones para la lucha presente? ¡Cuántos ratos de emoción! ¡Qué inquietud al bajar de los barcos, procedentes del continente, nuestras maletas con armas, en medio de la estupidez de una legión de policías, movilizados para impedir que aprontásemos los medios para salvar a España!

Yo que he vivido el pasado de Falange nunca pude dudar de que llegado el momento de empuñar aquellas armas que tantos sacrificios nos costaron, formaría en extremo vanguardia. Pues bien yo, el capitán de la legión José Perez Vengut, legionario de la escuela de Millán Astray, afirmo que nunca creí ver, ni aún en vosotros, el heroísmo que habéis derrochado, camisas azules.

En los días de la lucha, en plena clandestinidad, embriagado por vuestro delirio por la España Una, Grande y Libre, muchas veces grité ¡Arriba España! con entusiasmo, con respeto, y en el cadáver mutilado de José Barbará alzo mi mano abierta y con devoción, con la solemnidad que sólo puede emplearse en los ritos de la Falange lanzo un estentóreo ¡Arriba España!

Los carabineros en el frente de combate

Esta crónica de la guerra, hecha para el modesto carabinero, es hija nacida de la admiración y gratitud hacia estos veteranos, viejos guardianes de la patria; yo que conozco a fondo vuestra vida militar, que estuve en los colegios del cuerpo en mi juventud, en el cual recibí la educación militar del soldado, esta educación que hace que el carabinero sea sufrido, obediente y disciplinado; que conozco también de vuestro aislamiento en playas, sierras y mares, porque viví con vosotros la misma vida de apartamiento de las ciudades, solitarios, y vigilantes permanentes en los rincones apartados, aguantando las inclemencias del tiempo con ese espíritu de sufrimientos y dureza que hicisteis honor al cuerpo. Y al hablar de vosotros quiero escribir la verdad, esa verdad teñida con la sangre de los bravos carabineros caídos en el cumplimiento del deber, que luchando como héroes fueron admirados por los más bravos soldados del frente.

Carabineros: Sois veteranos en la milicia, pero fuisteis también veteranos en la guerra; no puedo decir quien fué la juventud entre vosotros, porque si los jóvenes demostraban su entusiasmo en la lucha, contentos y deseosos de ella, los viejos veteranos, silenciosos y serios, apretando fuertemente el fusil entre las manos, fueron los que siempre les caracterizó de viejos soldados de la patria, haciendo recordar los viejos tercios de Flandes, aquellos de Rocroi que, formando cuadros, morían sin retroceder un paso, formando murallas con sus cuerpos.

Y como os ví en la lucha, lo puedo decir y puedo demostrarlo ante el mundo entero que fuisteis en el frente como salvajes en la lucha, despreciando la vida, entregándola a la patria, en esta lucha de Mallorca, que fué para vosotros un galardón de gloria y honor, escrita con letras de oro y con la sangre de vuestros cuerpos en el libro de la inmortalidad.

Mi admiración para todos los carabineros del frente, para estos bizarros capitanes, Cimarro y M. Garrido; tenientes, Sans Gralla, Leopoldo Quilez y Guacido; al heroico carabinero Fernando Sahuquillo y a las compañías primera y cuarta de carabineros. Porto-Cristo guardará siempre el recuerdo de estos bravos carabineros y los que luchamos en el frente nunca se nos olvidará su leal ayuda de hermanos y compañeros.

Muchos preguntaban: ¿Qué tal, los carabineros? Mi contestación era señalarles al tercio y decirles: Ahí están con los míos, no puedo decir cual es mejor, porque son también mis legionarios en la lucha, y el legionario es siempre igual, en lo único que se diferencian es en el color del uniforme.

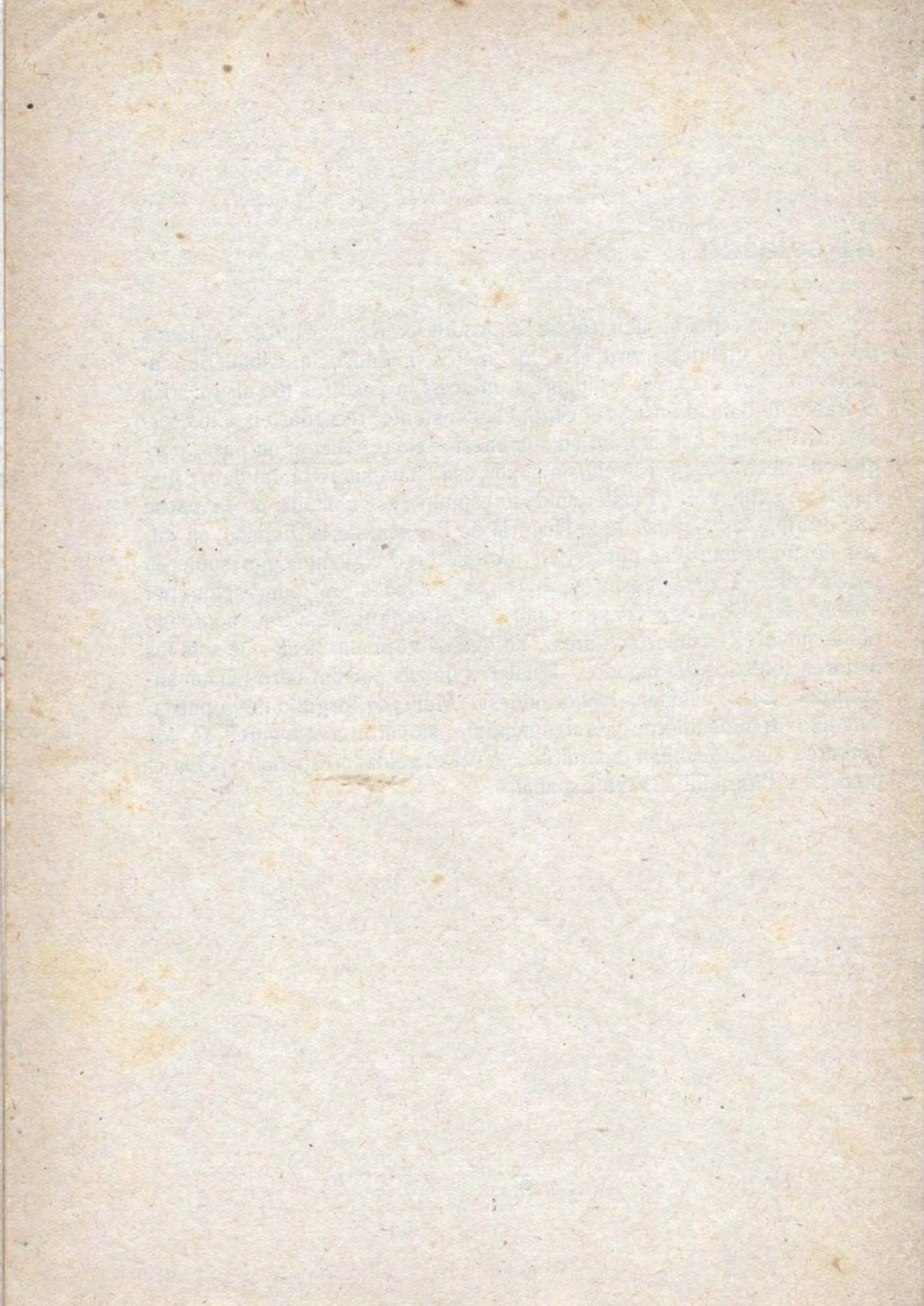
Fueron los primeros en entrar a Porto-Cristo, los primeros que tomaron los cañones enemigos, y en el puerto fueron héroes.

Allí di un abrazo a los valientes oficiales Quilez y Sains Gralla delante de los carabineros y legionarios.

¡Carabineros, viejos soldados de la Patria! Vuestra actuación heroica, borran todas las sombras que hubiesen habido en vuestra marcha triunfal. ¡Viva España! ¡Viva siempre España!

Al soldado

Ejército español, defensa de la madre patria, vosotros, soldados del ejército, infantería, artillería, ingenieros, intendencia, caballería, carabineros, guardia civil, legionarios, milicias, a vosotros me dirijo: En el frente de batalla fuisteis el centinela constante, recordásteis a los tercios de Flandes, que morían en sus puestos sin retroceder un paso, porque en vuestros regios pechos anidaba esa llama sagrada del deber que nunca se extinguió. Fuiste, soldado español, ese soldado de la patria que escribió las páginas de la Historia de España, de la España en cuyos dominios nunca se puso el sol, porque tuvo vigilantes que supieron defenderla. Y para vosotros, heroicos soldados, mi admiración por vuestro sacrificio, por vuestro valor, por el espíritu de lucha, adorado de las mejores virtudes militares. Yo que os ví puedo decir que sois los mejores soldados del mundo. Igualaros quizás puedan pero nunca superaros. Bien, soldados mallorquines. Mallorca, orgullo de la patria: Tus hijos te defendieron y, defendiéndote, salvaron a la madre, de los bárbaros que intentaban destruirla. ¡Viva el soldado español! ¡Viva el patriota mallorquín! ¡Viva España!



Tres Mosqueteros legionarios

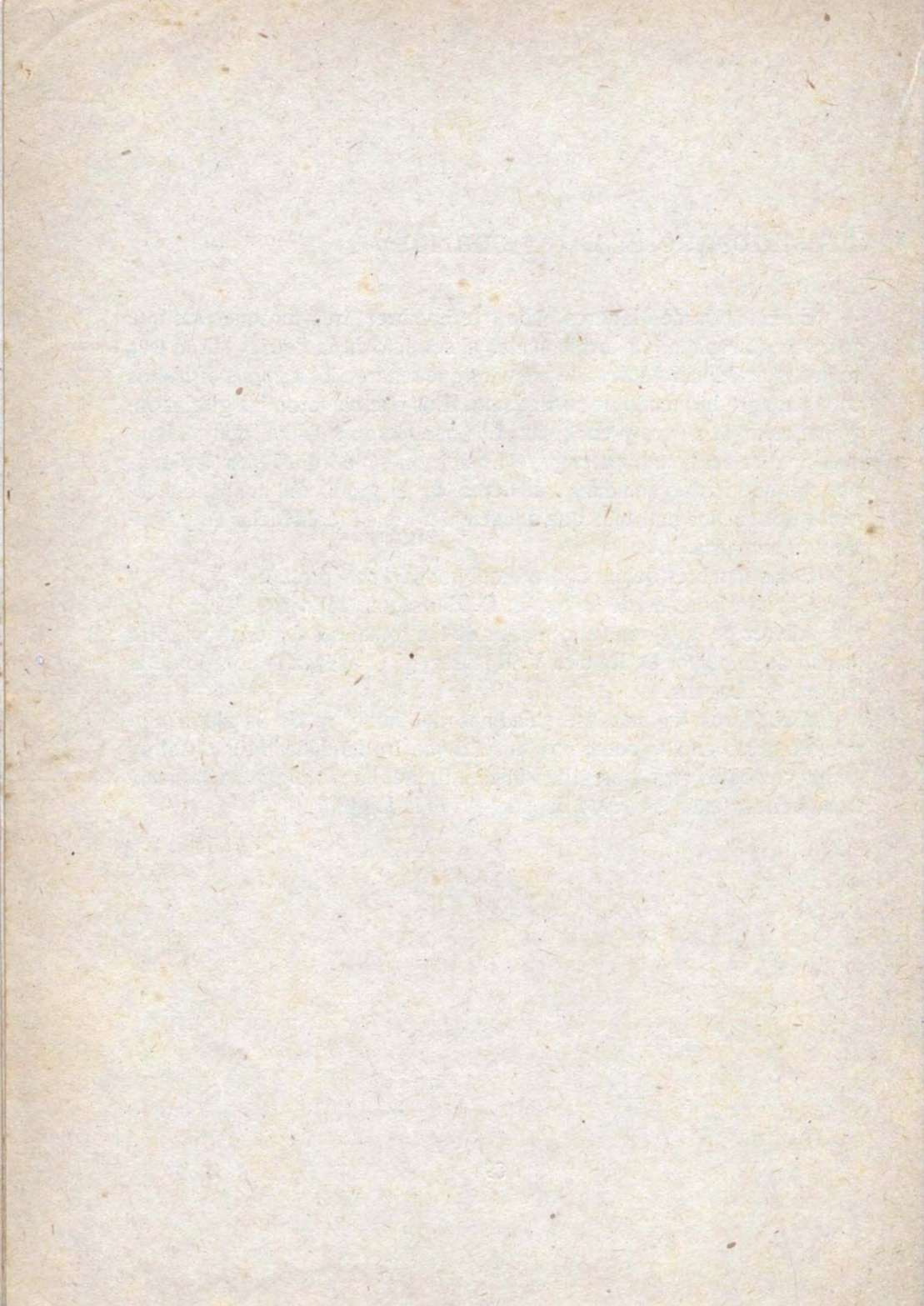
En la legión de Mallorca hubo tres hombres, tres mosqueteros que pusieron su espada, ya arrinconada, al servicio de la Patria. Eran tres soldados de Millán Astray, de aquellos que regaron los campos africanos con la sangre hirviendo de patriotismo. Los que cantaron las glorias legionarias en la guerra y en la paz. Los que fueron sellados con la honrosa cicatriz del plomo enemigo, sin ambiciones, porque eran legionarios, porque fueron andantes caballeros de la gloria, del honor, del espíritu de aquellos patriotas que donde quiera que fueron lucharon y honraron a su patria.

Estos nombres deben figurar aquí por derecho propio:

Capitán laureado de la legión, D. Bartolomé Munar.

Alférez de la legión (el contador de los romances legionarios), otro manco de Lepanto, D. Ramiro V. Ramirez, y el alférez honorario de la legión, Sr. Laguna.

¡Caballeros legionarios, paladines del honor y de la gloria, con vuestro gorro en alto como nos enseñó nuestro fundador Millán Astray en los combates africanos gritad fuerte, fuerte, que lo oigan hasta nuestros queridos muertos ¡Viva España! ¡Viva la Legión!



La artillería en Porto-Cristo

El día 16, de tres y media a cuatro de la tarde, llegó fuerza de Manacor. Entre ella estaba la artillería. Estas fuerzas estaban mandadas por el Teniente Coronel Sr. Martínez de Tejada y como Ayudantes tenía al Comandante Salgado y al Capitán Luis Feliu. La batería de montaña, compuesta de ocho piezas, estaba mandada por el Capitán Anselmo Grande y los tenientes Font, del Hoyo y Talens.

En el transcurso de la lucha, llegó esta columna y el Teniente Coronel Sr. Tejada ordenó el emplazamiento de las piezas. Estas se colocaron a la izquierda del camino que va a Porto-Cristo. El lugar era difícil como todos. Pero la artillería tenía que cumplir una misión difícil... y así fué. Comenzó a batir la casa Servera, barcos y cuanto de enemigo se encontraba por delante. Creo que hundió a un barco. Esta batería aguantó fuego enemigo de todas clases. Los soldados siempre en sus puestos y atentos a las órdenes de sus oficiales. Oficiales que pusieron la artillería en el libro de oro del heroísmo, regando con su sangre el suelo que defendían. Cayó el Capitán Grande, herido de un balazo en el pecho, pero continuó en su puesto hasta que la fiebre, ya llegada la noche, le obligó a retirarse. El teniente Font tomó el mando.

El Teniente Coronel Sr. Tejada, al dirigir personalmente una guerrilla de Falange, en un avance recibió un balazo en un pie. Avanzaban ya cerca del pueblo de Porto-Cristo, Fué retirado de la línea de fuego por el corneta Mut y el cabo Badía. No les fué fácil a estos dos valientes, el trasladar a un Teniente Coronel. Fueron constantemente perseguidos por los marxistas, pero al fin llegaron a un punto desenfilado y cumplieron su difícil labor.

El Capitán Luis Feliu, ayudante del Teniente Coronel, fué en todo momento una ayuda eficaz, recorrió las diversas líneas desafiando el fuego enemigo. Dando órdenes y levantando la moral del elemento combatiente. En cuantas operaciones intervino, lo hizo con un valor que le caracterizó. Dió ejemplo, durante los bombardeos enemigos,

cómo excelente oficial, educado en la escuela del honor. Resultó gravemente herido a los pocos días de tomar Porto-Cristo.

El día 17, lunes, por la mañana, llegó la batería pesada, al mando del Capitán Bennasar, colocándose en el lugar que ocupaba la de montaña y ésta se trasladó al puesto de mando, unos cien metros al frente.

El Teniente Font efectuó la magnífica preparación artillera, para preparar el avance de la Infantería. Batió a la artillería enemiga que se hallaba oculta a la izquierda del camino de Porto-Cristo. Este oficial, constantemente en su puesto, dirigió las cortinas de fuego con precisión y efecto eficaz. El alférez Talens, haciendo personalmente de sirviente, hizo un impacto en el escudo de un cañón, matando a varios marxistas. Estos cañones fueron los llevados a Palma y paseados por la población, como muestra del descalabro sufrido por los rojos.

Este mismo día llegó una batería de montaña, mandada por el Capitán Palou, actuando de manera brillante. Durante la preparación artillera un disparo enemigo, de los barcos de guerra, hizo blanco sobre la azotea del puesto de mando. En este momento pasaba un avión arrojando las consabidas bombas. En esta azotea se encontraba el tirador con una ametralladora, cabo Mut. La ametralladora salió por el aire pero el cabo tranquilamente, sacudiéndose el polvo, recogió la ametralladora, disparando contra el avión.

Entre los hechos gloriosos, llevados a cabo por estos oficiales, merece destacarse la actuación del Teniente Camps, que al frente de un conjunto de artilleros pelotaris, entre los que se encontraban Carmelo, Mendia, Hernani, Anacabe y otros varios, se lanzó a la lucha cuerpo a cuerpo, sufriendo una muerte gloriosa. Excelente oficial. Se dió cuenta de la situación y fué al peligro con el entusiasmo del patriota y dispuesto a entregarlo todo por la PATRIA.

En el pueblo de Porto-Cristo las baterías de Font y Palou, disparaban contra objetivos a doscientos metros. Aquellos artilleros luchaban con sus cañones en las guerrillas y colocándose en los sitios más batidos, porque eran los gloriosos artilleros de Mallorca. Los caballeros de la muerte que la daban y la recibían con la tranquilidad impasible de quien todo lo da por la patria que peligrá.

Jefes, oficiales, clases, soldados de Artillería en Porto-Cristo:

¡Viva ESPAÑA! ¡Viva La ARTILLERIA!

Columna Esquivias

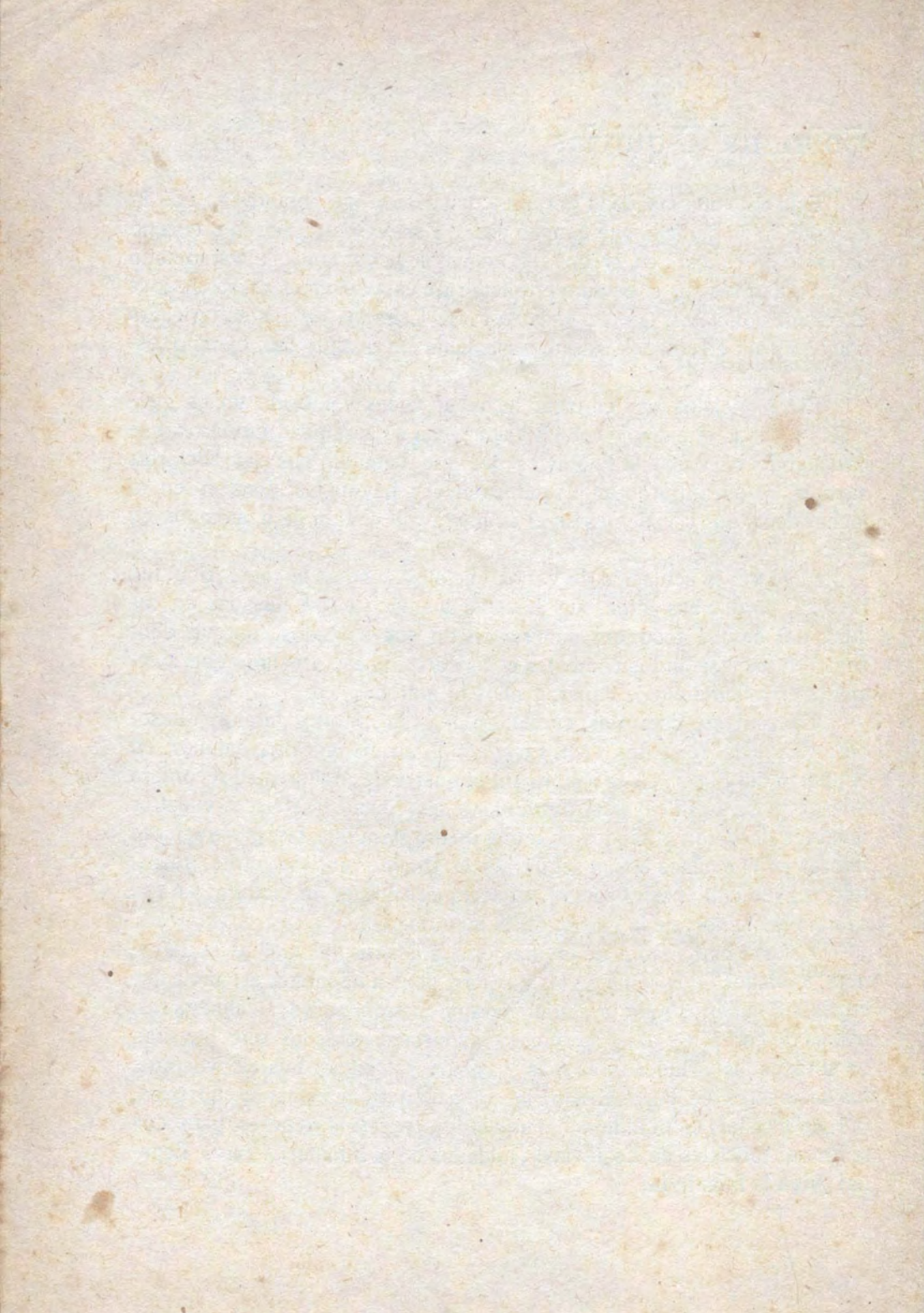
Esta columna mandada por un comandante de infantería, era la columna de la derecha que avanzó hacia Porto-Cristo, por un terreno bastante dificultoso, en el que el enemigo perfectamente parapetado creyó poder resistir el empuje arrollador de esta columna mandada por excelentes oficiales, que después en Porto-Cristo y en los sangrientos combates allí efectuados mantuvo incolume el prestigio del ejército español.

Estos oficiales fusil en mano luchaban como el soldado en las guerrillas y dando el ejemplo con su valor y con su serenidad formaron ese batallón del comandante Esquivias. De ese batallón que las victorias siempre las encontraron en las puntas de sus bayonetas; tenaces en la lucha, decididos y valientes en el combate con el afán de ir siempre en busca del enemigo.

Pude ver la actuación de varios oficiales, y como su actuación fué heroica, porque sus actos, sus hechos, las vicisitudes pasadas en los combates en que todo era admiración en sus soldados, porque ellos supieron hacerse en los combates el rodearse de ese prestigio que solamente el valiente puede llevar; y ellos lo fueron.

Comandante Esquivias, capitanes Del Real, Morey Gralla, Martorell, Mezquida, tenientes Vich, Feliú etc. Pusisteis vuestro batallón en el puesto del honor, en la historia de la guerra de Mallorca se recordará el espíritu de sacrificio y el patriotismo que demostrasteis y vuestros nombres quedarán grabados en letras de oro para que las generaciones futuras en el mañana sepan seguir por el camino que vosotros trazasteis, regado con vuestra sangre, cubierto de laureles de victoria; en ese camino del honor, de la gloria; de la inmortalidad.

Y vosotros soldados de la infantería, soldados del fusil y la bayoneta, soldados de la reina de las batallas, de esa infantería española que conquistó imperios para la patria, porque fueron sufridos, abnegados, nobles de corazón y alma, heroicos e inmortales soldados que llevaban en sí todas las virtudes de la raza; y estos soldados, fuisteis vosotros los defensores de Porto Cristo, los que no retrocedisteis ni un paso, porque hicisteis culto al honor y un credo a vuestros deberes para con la Patria, ¡oficiales de Esquivias! ¡soldados de la Infantería! ¡viva España! ¡viva la Infantería!



INDICE



	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	3
Al Lector.	5
El Credo del Negionario.	7
La Legión de Mallorca	9
Al frente	11
El primer combate	13
En el puesto de mando	21
El asalto a Porto-Cristo	23
Uno de tantos héroes	25
Porto-Cristo.	29
Casa del Tercio.	33
El paso del cangrejo.	35
En la Torre del Moro	37
Combate de la Torre del Moro	41
La Torre del Moro, posición africana.	47
En las Cuevas del Drach.	49
El paso del señorito.	51
Ataque al submarino.	53
Mateo Juan y los 45 prisioneros	55
Toma de la casa Servera.	57
Villa Chile	59
Relación del personal muerto y herido en Porto-Cristo.	61
Relación de los individuos de infantería que permanecieron en las Cuevas del Drach con el Tercio	63
La aviación	65
El legionario Conde de Rossi.	67
Desembarco en Ibiza	69
A Ibiza fueron los siguientes oficiales y legionarios	71

	<u>Páginas</u>
Manacor	73
La mujer en el frente	75
Alocución a la Compañía.	77
Segunda Compañía	79
Los cadetes legionarios	81
A Falange	83
Los carabineros en el frente de combate	85
Al soldado	87
Tres Mosqueteros legionarios	89
La artillería en Porto-Cristo	91

